

Qué historia comparada

IGNACIO OLABÁRRI GORTÁZAR
Universidad de Navarra

RESUMEN.—Después de una breve referencia a la historia del método comparado y a las razones de su debilidad en el ámbito de la ciencia histórica, este artículo trata de las ventajas, debilidades y problemas del método comparado en historia y presta especial interés a las cuatro aproximaciones comparativas que el autor considera que se emplean hoy: el análisis histórico-comparativo intensivo de dos o más casos; la comparación de grandes estructuras y procesos amplios; la aproximación comparativa a la historia universal; y la utilización del método comparado como herramienta de trabajo al servicio del historiador, sean cuales sean los objetivos finales de éste.

ABSTRACT.—After referring briefly to the history of the comparative method and the reasons for its weakness in the sphere of the historical science, this article discusses the advantages, weaknesses and problems of the comparative method in history today, focusing particularly on the four comparative approaches which the author considers to be in use today: intensive comparative historical analysis of two or more cases; the comparison of large structures and broad processes; the comparative approach to universal history; and the use of the comparative method as a tool in the historian's service, whatever his or her ultimate objectives.

No existe en España una tradición de historia comparada¹. Desde el S. XIX, no faltan los historiadores españoles que conocen la importancia del método comparado, ni tampoco quienes han abordado un problema de historia de España desde una «perspectiva comparada». Pero sólo en los últimos años se puede decir que la historia comparada está hoy «de moda» en nuestro país: basta atender a los comentarios de pasillos en los Congresos, al menos entre los especialistas en historia contemporánea.

Porque es de esperar que en los próximos años nuestro país sea un vivero de fructífera producción comparativa, puede ser oportuno recordar algunas cuestiones sobre las

1. Aunque no faltan quienes distinguen entre «comparada» («comparée») y «comparativa» («comparative») en este artículo emplearé ambos términos como homónimos. En muchas ocasiones pondré entre comillas las expresiones «historia comparada» y «método comparado». Lo haré siempre que lo haga el autor al que cite y también cuando yo mismo no esté convencido de que, en el contexto de la discusión, dichas expresiones se ajusten a una realidad bien definida. La expresión «perspectiva comparada» aparecerá siempre entrecomillada.

que, por supuesto, todos tenemos algo que decir, sobre las que todos hemos leído algo antes de ahora. Me referiré, en primer lugar, a la intrincada historia del método comparado y de la propia historia comparada hasta 1945; trataré después del uso actual de la aproximación comparada en historia, de sus ventajas, limitaciones y problemas; me referiré, por último, a lo que considero las principales formas en que hoy empleamos el método comparativo los historiadores.

Si no cabe duda del atractivo de la historia comparada, su evolución en los últimos ciento cincuenta años muestra hasta qué punto es y ha sido difícil practicarla, hasta qué punto, también en países historiográficamente punteros, ha sido (y es) difícil la presencia entre los historiadores de la aproximación comparativa al menos como un punto de vista, como un enfoque, como una perspectiva más dentro de nuestra disciplina. Como escribe Nancy Green², «de Simiand a Sewell, de los *Annales* a la *American Historical Review*, desde comienzos de nuestro siglo no ha dejado de haber en cada década al menos una llamada a la comparación; mas, en la práctica, el método comparativo sólo raramente es empleado por los historiadores. Las reiteraciones de tales sugerencias –concluye– lo atestiguan»³.

En 1958, poco antes de comenzar a publicarse en Estados Unidos los *Comparative Studies in Society and History*, afirmaba Fritz Redlich en un importante artículo, sobre el que volveremos: «la historia comparada no es todavía una realidad; no es sino una esperanza»; aunque la historia comparada con la que soñaba Redlich (1958, 387) era muy diferente de la propuesta en sus primeros momentos por los «editores» de los CSSH (Grew, 1990, 324).

Ya en la década de los sesenta, William H. Sewell Jr. matizaba: «En nuestro tiempo, cuando la historia comparada es objeto de una amplia y bastante acrítica alabanza, un examen de sus límites es muy adecuado» (Sewell, 1967, 214). En 1980, Raymond Grew volvía a recordar que, si bien «la comparación histórica ha sido ampliamente alabada por muchas de las mejores mentes de la profesión histórica (...), hay que admitir, sin embargo, que para muchos historiadores profesionales el estudio comparado evoca la ambivalencia de un buen burgués hacia los mejores vinos: apreciarlos es un signo de buen gusto, pero ir más allá parece propio de un carácter poco maduro y despilfarrador» (Grew, 1980, 763).

En los últimos diez años, después de una intensa discusión metodológica, Peter Kolchin, George Fredrickson y el mismo Grew⁴ han insistido, ya sin rodeos dialécticos ni segundas intenciones, en la pujanza de la comparación histórica, por más que los requisitos exigidos en la mayor parte de los casos por ellos mismos no se hubiesen cumplido⁵.

2. N. L. Green, 1990, 1335; véase también N. L. Green 1991.

3. En su reseña al libro coordinado por Kammen sobre la situación de la historia en los Estados Unidos, en el que G. M. Fredrickson se ocupa de la historia comparada, John Higham considera excesivo el optimismo de Kammen en este punto, recuerda cómo sus propias previsiones en 1965 y las de Gilbert-Graubard en 1970 no se habían cumplido y alaba el «realismo» de Fredrickson: cf. J. HIGHAM, *American Historical Review*, 86 (1981) 808.

4. P. Kolchin, 1982, 64; G. M. Fredrickson, 1985, 110; R. Grew, 1990, 323, 332-3.

5. Financiación de proyectos de investigación (incluidas tesis doctorales) en este ámbito, equipos de trabajo, «institucionalización» de la historia comparada como una subdisciplina dentro de las ciencias históricas con todas sus consecuencias, etc.

Pero más importante aún que la pregunta sobre el reciente –y creciente– interés por la historia comparada, es la de por qué la historia comparada ha tardado tanto en consolidarse (si es que lo ha hecho ya), cuando el siglo XIX, el siglo de la historia, fue también el primero en aplicar, con mucho fruto, la aproximación comparativa a otras ciencias humanas y sociales. Una síntesis de urgencia sobre este último punto y el recuerdo de algunos rasgos más característicos de la evolución historiográfica durante el siglo XIX permiten entenderlo.

Dos advertencias previas: pocos son los asuntos en que los interesados por la historia comparada están unánimemente de acuerdo. Quienes dudan incluso de la conveniencia de utilizar dicha expresión y no creen que exista un método comparativo en la historia no son precisamente los menos influyentes. Habrá que recordar por tanto, antes que nada (aunque volveremos sobre el asunto más adelante), que se habla de una historia comparada al menos (Ritter, 1986, 54) en tres sentidos distintos: una orientación hacia el estudio del pasado, basada en el uso de analogías entre dos o más sociedades o períodos; una subdisciplina de la ciencia histórica caracterizada por la comparación sistemática de ideas o instituciones cuidadosamente definidas en sociedades diferentes; un método específico de explicación histórica en el que los desarrollos en una situación social son explicados comparándolos con los de otras⁶.

Es verdad que, como afirmó Oscar Lewis⁷, la comparación es un aspecto genérico del pensamiento humano más que un método especial; también lo es que –como escribe Pomian (1986, 105)– «toda proposición, por poco carácter general que tenga (...), nace siempre de una aproximación comparada de la que toma su validez». Es incontestable –afirma Busino (1986, 209)– que, en nuestra cultura, la comparación, explícita o implícita, sistemática o empírica, ha llenado un número bastante variado de funciones». Como dice Kolchin (1982, 65), refiriéndose ya específicamente a la historia, «todas las afirmaciones históricas son implícitamente comparativas»: como afirma Lijphart (1971, 682), existen muchos «pensadores inconscientes» que –como aquel personaje de Molière que de pronto descubrió que llevaba toda su vida hablando en prosa sin saberlo– hacen comparaciones sin ser conscientes de ello, porque –han dicho Loether y Mc Tavish⁸– «donde no hay contraste no hay estudio posible»⁹: «no hay verdadera comprensión –afirma Bloch en su *Apologie*– sin un cierto grado de comparación, en el caso, por supuesto, de que la comparación esté basada en realidades diferentes y, al mismo tiempo, relacionadas»¹⁰.

6. Ya veremos más adelante que la cosa es aún más compleja.

7. O. Lewis, citado por Warick-Osheron, 1973. Los recientes e intensos estudios sobre los procesos cognitivos se encuentran a cada paso con la comparación: sobre la relación entre metáfora y comparación, véanse R. Romano, 1986, 85, y B. Indurkha, 1992, 2-4.

8. Loether-McTavish, 1970, citado por Walker, 1980, 163.

9. O empleando otro lenguaje: como dice Donald M. McCloskey, 1985, 143, «del número desnudo y solo uno no puede inferir nada, porque no se nos da ningún criterio para afirmar si ese número es grande o pequeño».

10. M. Bloch, 1964, 13. R. Grew, 1980, 768-9, está especialmente interesado (no hay que olvidar que, como veremos, su punto de vista está relacionado con su condición de «editor» de los CSSH) en subrayar este punto: la comparación, central en todo método científico, es un truismo; a los lógicos les gusta recordar que «declarar algo único (...) por implicación supone compararlo con una clase de cosas a las que supuestamente pertenece; la narración histórica descansa en determi-

I. EL MÉTODO COMPARADO EN PERSPECTIVA HISTÓRICA HASTA 1900

Consideraciones de este tipo abren fácilmente el camino a la búsqueda de precedentes: «la comparación es –para Evans-Pritchard (1971, 11)– uno de los procesos elementales del pensamiento humano (...). Así se ha reconocido desde antiguo, y lo que más tarde se llamaría método comparativo ya se había utilizado ampliamente», en particular para «cualquier exposición general de las instituciones sociales». En este contexto, el propio Evans-Pritchard menciona a Aristóteles, Maquiavelo y Montesquieu¹¹; además, como «precursores de la antropología social y de la sociología, utilizaron este método a lo largo del siglo XVIII» (1971, 11-12) Adam Ferguson, John Millar, Turgot, Condorcet y Comte (*sic*). Eisenstadt, al tratar específicamente del estudio comparado de las instituciones sociales, menciona también, entre los autores anteriores al siglo XIX, a Montesquieu, Adam Ferguson y los filósofos escoceses, todos los cuales «se interesaron más por los estudios comparados que por el análisis del cambio social» (1975, 95). Sin abordar la consulta de la inmensa bibliografía hoy existente sobre la historia de cada una de las ciencias humanas y sociales, el mejor tratamiento de conjunto sobre este punto me parece el de Redlich (1958, 362-364), quien, al tratar de la Antigüedad clásica, ofrece buenos argumentos para las candidaturas de Herodoto, Aristóteles y Plutarco como precursores de los estudios comparados.

Será en el siglo XIX, a partir de los cimientos puestos en el siglo anterior, cuando la introducción del enfoque comparativo revolucione muchas disciplinas. Nos falta un estudio detenido de cómo «el método comparado» –es ahora cuando se difunde la expresión– aparece en las diversas ciencias humanas y sociales, como fruto en buena medida de los contactos entre ellas¹². Pero algunas líneas de fondo, a las que nos vamos a referir

nados presupuestos sobre lo que constituye la conducta normal de la persona y cómo han actuado otros en el pasado (por lo que se puede decir que la más fructífera fuente de una nueva visión del pasado es, probablemente, la experiencia pasada del historiador); el compromiso del historiador con el cambio es un compromiso con la comparación». En definitiva, se puede decir de la historia lo que Emile Durkheim dijo de la sociología: «La sociología comparada no es una rama especial de la sociología; es la sociología misma, en tanto en cuanto deja de ser puramente descriptiva y aspira a dar cuenta de los hechos» (E. Durkheim, 1974, 143). En su sentido más amplio, la comparación es inevitable. La cuestión no es –concluye Grew–, sino qué beneficios se pueden obtener de una comparación consciente y sistemática. C. Vann Woodward (1968, x), admite que «las comparaciones históricas son notoriamente peligrosas y originan errores y extravíos, y que los historiadores en principio se cuidan mucho de hacerlas. Pero concluye–, desde el momento en que las comparaciones son inevitables, parece mejor que las lleven a cabo historiadores expertos». Véase también Kolchin, 1982, 65. Desarrollos metodológicos aparentemente tan distintos como el método regresivo preconizado por Marc Bloch (L. Walker, 1980, 155-6) o la argumentación contrafactual propia de la «New Economic History» (G. Green, 1977, 227-235) tienen en su base la comparación.

11. Para el empleo sistemático del método comparado por Montesquieu, cf. G. Pflug [1954], HT, 10, 1971, 13-14.

12. Esta ausencia supone, sin duda, un vacío importante en la historia de las ciencias (naturales, humanas y sociales). Muchas afirmaciones y observaciones de interés se pueden encontrar en la monumental obra de Georges Gusdorf, 1966, en particular en los tomos IV a XII (de los trece hasta ahora publicados), dedicados a la Ilustración y al Romanticismo. De un gran interés es y puede ser en este terreno la revista *History of Human Sciences*, que comenzó a publicar SAGE en 1988. Consúltese, además, la mejor obra de conjunto de que hoy disponemos sobre el método comparado: cf. Ch. C. Ragin, 1987.

a continuación, parecen claras, y no es la última –aunque sólo al final tratemos de las razones más probables que explican esta circunstancia– que el método comparado se empleara por las más diversas disciplinas humanas y sociales antes que por la historia.

En el principio eran las ciencias naturales. Los franceses Vicq d'Azyr, Saint-Hilaire y Cuvier desarrollaron, entre 1750 y 1850, la anatomía comparada, y tanto la geografía comparada de Karl Ritter (que tenía ilustres predecesores, como Alexander von Humboldt y Leopold von Buch) como el estudio comparado en los campos etnográfico y antropológico tienen en ella uno de sus principales modelos. Pero, para mediados del s. XIX, ya se habían iniciado (F. Bopp, 1816) los trabajos de lo que entonces se denominó «gramática comparada», cuyo programa quedó ya claramente formulado por A. Schleicher (1852)¹³.

Como dice Redlich, en la aplicación del método comparado los pioneros fueron los anatomistas, los geógrafos y los filólogos; pero «para aquellos interesados en crear una historiografía comparada, merece la pena señalar la tendencia histórica tanto de Ritter como de Bopp, exponentes ambos de la ciencia romántica. Ritter estudió menos la geografía física que la humana («antropogeografía»); consideraba su tipo de trabajo científico como uno más entre las ciencias históricas entendidas en un sentido amplio, y la palabra «Historia» aparece en el título de su primer y más famoso libro. Fue haciendo comparaciones en su campo como Bopp llegó a escribir la historia de las lenguas indoeuropeas» (1958, 365).

En la segunda mitad del siglo XIX hicieron su aparición el estudio comparado de las religiones (Max Müller, C. P. Tiele, A. Réville y, sólo un poco más tarde, antropólogos como J.G. Frazer), que no se puede entender sin los contactos de Müller con Bopp y, sobre todo, con Ritter, ni sin el desarrollo de las primeras investigaciones en mitología comparada (J. Grimm, A. Kuhn). Pero en el campo de las religiones comparadas el progreso no fue tan espectacular como en el de la lingüística, lo mismo que ocurrió con el estudio comparado de los gobiernos, que el historiador británico E.A. Freeman (quien luchó durante toda su vida en favor de «la unidad de la historia») bautizaría como «política comparada»¹⁴. Influido por M. Müller, por E. B. Tylor –uno de los fundadores de la antropología comparada–, así como por los juristas Maine y Bagehot, la obra de Freeman permanecería durante décadas sin continuidad, debido al empirismo descriptivo y al espíritu de especialización que se impuso en las ciencias históricas en el último tercio del siglo XIX y primero del XX.

Estrechamente relacionado con la política comparada está el derecho comparado, que (sin olvidar el influjo de figuras como Hugo Grocio, Vico y Montesquieu) se desa-

13. Antes de F. Bopp, y tal y como se ha puesto de manifiesto en las últimas décadas, hay que atribuir al danés Rasmus Rask (1787-1832) el primer paso importante en la formación de lo que sería la lingüística comparada. Para la evolución de dicha disciplina a lo largo del siglo XIX, véanse P. DIDERICHSEN, 1974, y P. KOPORSKY, 1974, *passim*. Dos compilaciones coordinadas por Thomas E. Sebeok (1966 y 1963-1976) son de gran utilidad para la historia de la lingüística. Es clásico el libro de H. Pedersen, 1931, y muy clarificadora la obra reciente de T. de Mauro, ed., 1990.

14. Sobre Freeman, véase Momigliano, 1986, 236-240. Le había precedido el positivismo de H. Buckle, cuya obra (1857-1861) tuvo, a raíz de su aparición un gran eco, pero que perdió influencia muy rápidamente: cf. St. Aubin, 1958, y Semmel, 1976. Sobre la evolución de la historia y de las ciencias sociales en Gran Bretaña durante el siglo XIX son de gran importancia los libros de J. G. Burrow, 1966 y 1981.

rolló en la etapa romántica a partir de tres raíces diferentes: (1) el influjo de la filosofía alemana sobre los «juristas metafísicos» (A. von Feuerbach, E. Gans); (2) el interés práctico en la solución de problemas legales como los que planteó la recepción en los Estados Unidos de la «Common Law» inglesa (J. Kent, J. Story), la adopción del Código Napoleón en la Alemania sudoccidental (K. S. Z. von Lingenthal, C.J.A. von Mittermaier), la reacción francesa frente al citado Código Napoleón y las colecciones de códigos (E. Lermnier, J. J. G. Foelix, V. Foucher, A. de Saint-Joseph), o, en fin, los movimientos reformistas en Inglaterra y la necesidad práctica de conocer la legislación extranjera a la hora de unificar el derecho mercantil (Lord Mansfield, W. Burge, L. Levi); y 3) la influencia de la antropología comparada (J. J. Bachofen, Sir Henry Maine, J. Kohler, A. H. Post, H. Adam, A. Kocourek y J. H. Wigmore).

En cuanto a la antropología comparada, estuvo inicialmente ligada al evolucionismo sociocultural representado por figuras como T. Waitz, J. Lubbock, Mac Lennan, A. Bastian, E. B. Tylor, L. H. Morgan o J. G. Frazer, pero la comparación se mantendría como un instrumento metódico básico después de que el funcionalismo de Malinowski o el estructural-funcionalismo de Radcliffe-Brown hubiese abandonado el paradigma evolucionista clásico¹⁵.

En resumen, y tal como concluye J. Leopold (1980), en la segunda mitad del siglo XIX, el método comparado muestra al menos estas tres facetas: 1) Un método universal que describe las similitudes o diferencias generales basado en la comparación en algunos puntos centrales; (2) un método histórico (o «comparativo-genético»), muy ligado a la nueva disciplina de la lingüística comparada indoeuropea, que sólo compara hechos que se piensa están histórica y genéticamente relacionados y que pretende y consigue la reconstrucción de tipo histórico o hipotéticamente histórico; y, por último, un método comparado evolucionista, que une a través de analogías las similitudes y diferencias generales en una secuencia de evolución tipológica (lo que le acerca al primer método señalado) o histórica (método segundo).

En las primeras páginas citamos truncadas unas palabras de Redlich, que ahora damos por entero: «La historia comparada no es todavía una realidad; no es sino una esperanza o más bien –seguía diciendo– un postulado. Es un postulado, porque desde finales del siglo XVIII el método comparado ha sido introducido, como hemos visto, en un campo tras otro. La anatomía, la filología, la jurisprudencia, la teología y la antropología han empleado el método con éxito; la ciencia política y la economía están a punto de adoptarlo».

Como se ve, a lo largo del siglo XIX los estudios comparados alcanzaron un gran desarrollo, mientras que en la investigación histórica apenas dieron los primeros pasos. Redlich considera que este hecho se puede explicar por tres razones: 1º) por el desarrollo que la historiografía había alcanzado en la era del Romanticismo, cuando los estudios comparados pasaron a primer plano en otros campos: la comparación sólo podía ser fructífera cuando los estudios monográficos ofrecieran una base suficiente para ella y ese momento todavía no había llegado; 2º) por las tendencias filosóficas que latían tras la investiga-

15. Cfr. J. LEOPOLD, 1980. Además de los capítulos correspondientes de los numerosas historias de la antropología, es imprescindible consultar la obra de G. W. Stocking, Jr., 1987. Como escribió E. E. Evans-Pritchard (1970, 29), «Radcliffe-Brown obtuvo un gran éxito cuando escribió que ‘sin los estudios comparativos sistemáticos, la antropología sería solamente historiografía y etnografía’».

ción histórica: el historicismo ponía el énfasis en los elementos únicos del proceso histórico, y el positivismo y el marxismo creían conocer de antemano las leyes de la historia¹⁶; y 3º) porque el carácter narrativo de la historiografía decimonónica hacía muy difícil el desarrollo de los estudios comparados en nuestra disciplina¹⁷.

16. F. Redlich, 1958, 376-378. Para él, en su lucha contra el positivismo y bajo la influencia de una epistemología kantiana, los historicistas subrayaban los elementos únicos del proceso histórico y, una vez conseguido esto, el interés por la comparación era necesariamente limitado. En cuanto al positivismo de Comte, la obra de Buckle y sobre todo la de Spencer desde mediados de siglo tuvieron una gran influencia. Pero Comte y Spencer parecían saber exactamente cuál era el camino que la historia estaba siguiendo y cuál su objetivo final. Lo mismo ocurría con Marx, quien –bajo la influencia de Hegel– incluso sabía en qué momento el proceso histórico se detendría y que aplicó dicho esquema a la historiografía del socialismo. No había razón para que los discípulos y seguidores de estas figuras compararan desarrollos en diversas partes del mundo, cuando sus maestros ya conocían, no sólo las «leyes» de la historia, válidas en todos lados sin excepción, sino incluso la dirección en la que la historia se estaba moviendo. Para comtianos y marxistas la historiografía comparada no tenía interés, por tanto, porque no tenía sentido. Una vez más falta el incentivo de la comparación. (Los casos de los seguidores de Buckle y de Spencer son más complejos). Sin embargo, en las páginas siguientes (378-389), Redlich hace ver cómo, en el ambiente intelectual de nuestro siglo, tanto los historiadores de origen historicista (para señalar más precisamente el carácter único del fenómeno estudiado) como los de origen positivista (para, a través de la comparación, llegar a formular «leyes»), se han interesado por la historia comparada. Fredrickson (1980, 458) considera que el objetivo de la historia comparada es doble: puede servir para iluminar las características especiales o particularidades de las sociedades individuales examinadas (algo grato a los humanistas «historicistas» de los que es buen ejemplo Fritz Redlich, afirma); y es también útil para ampliar nuestra comprensión teórica de los tipos de instituciones o procesos comparados, con lo que se hace una contribución al desarrollo de teorías y generalizaciones científico-sociales (muy grata, por tanto, a autores como Lee Benson, de quien Fredrickson destaca su propuesta para una aproximación comparada a la Guerra de Secesión basada en tipologías, modelos analíticos y teorías de la guerra interna: cf. Benson 1972, 309-326).

17. Faltos como estamos de una historia sistemática de la aplicación del método comparado a las distintas ciencias y en la respuesta podría quizás hallarse un factor adicional de explicación del «retraso comparado» de la historia comparada–, cabría preguntarse si no existe más que un único método comparado, de carácter interdisciplinar. Como veremos, los Hill (1980) están convencidos de ello y regañan a los historiadores porque no han aprendido a emplear correctamente ese único método comparado que sería el desarrollado por la lingüística histórica. Por el contrario, en su artículo clásico de 1928, Marc Bloch, cuyo pensamiento pretenden los Hill haber estudiado, afirma que el término «método comparado» ha sufrido muchos «deslizamientos de sentido» y que casi siempre se reúnen en las ciencias humanas, bajo la expresión «método comparado», dos aproximaciones intelectuales muy diferentes (los «tipos I y II» de los Hill). Después de reconocer que sólo los lingüistas (Meillet) parecen haberlos distinguido, afirma proponerse hacer lo mismo *desde el punto de vista de los historiadores*» (1963, 17; el subrayado es mío). Busino (1986, 201-210) piensa, por el contrario, que las “prácticas” del método comparado varían de un autor a otro, de una disciplina a otra e incluso (en algunos casos) en el seno de una misma disciplina. Es difícil negar que esta última postura está mucho más conforme con la experiencia general sobre el uso del método comparado. En el mismo sentido advierte A. A. van den Braembussche (1989, 10): «hay una amplia bibliografía sobre el método comparado, pero raras veces habla explícitamente de la historia comparada. La mayor parte de las publicaciones tratan del uso de dicho método en la antropología, en la ciencia política o en la sociología»; y la aplicación mecánica a la historia del contenido de tales publicaciones es más perjudicial que útil, a mi modo de ver. Otra razón es la que apunta Marc Bloch en su artículo de 1928: los historiadores no emplean el método comparado porque se les ha dejado creer que «la historia comparada» era un capítulo de la filosofía de la historia o de la sociología general, disciplinas que el historiador «bien venera, bien acoge con una

Hubo excepciones, claro está: la más importante, sin duda, además del *Comparative Politics* (1873) del ya citado Freeman, la inacabada *Historia de la civilización en Inglaterra* (1857-1861) de H.T. Buckle, muy influido por las ideas de Comte, o los similares esfuerzos del norteamericano Herbert Baxter Adams por dar con las leyes que rigen las fases de la evolución de la Humanidad a través de la comparación de las historias de sociedades diferentes. Como puso de manifiesto Saveth (1964, 10-11), la popular teoría de los orígenes que localizaba el nacimiento de las modernas instituciones anglosajonas (una noción también decimonónica, como ha mostrado Stocking, 1987) en los bosques de la antigua Alemania, estaba basada en una muy vaga comparación de las antigua y moderna Alemania, Inglaterra y Estados Unidos.

Ya a finales de siglo, están las imaginativas propuestas del estadounidense Charles McLean Andrews (1893), el pensamiento historiográfico de Karl Lamprecht, y en estrecha relación con él el de Henri Pirenne, que tanto influiría sobre M. Bloch y L. Febvre; pero no se trataba de verdaderas novedades intelectuales, sino de persistentes intentos de acabar con el historicismo hermeneúutico (sobre todo, en Alemania) y de la mal llamada «historia positivista» en particular¹⁸.

II. EL MÉTODO COMPARADO EN LA ENCRUCIJADA DE COMIENZOS DE SIGLO

Por ello, se pueden considerar altamente simbólicos dos acontecimientos: la celebración en París, en 1900, último año del siglo XIX, del Primer Congreso Internacional de Ciencias Históricas, y la aparición, en el mismo año, de la *Revue de Synthèse Historique*, que sirvió de altavoz a Durkheim y a sus discípulos (aunque no sólo a ellos, desde luego) para tratar de convencer a los historiadores jóvenes de su concepción de «la» ciencia social en general y del qué, el porqué y el cómo del método comparado.

sonrisa escéptica, pero que, de ordinario, se abstiene de practicar» [1963, 16]. Por todo ello, más que por razones de espacio, las referencias que en este artículo podamos hacer al empleo del método comparativo en otras ciencias sociales (incluidas las más cercanas a la nuestra, como la política, la sociología y la antropología comparadas) serán excepciones: algunos «detalles anecdóticos» no hacen sino confirmarnos en el peligro de sumergirnos en la inmensa bibliografía sobre el método comparado en todas las ciencias. Más adelante citaremos un expresivo comentario de D. Chirot en su ensayo de 1984 sobre el «sociólogo histórico» Marc Bloch o la peregrina comparación de T. Skocpol (1984a) entre M. Bloch y B. Moore. Baste con incluir aquí otro ejemplo en la misma línea. David E. Apter (1971, 266) es un sociólogo que considera que «puede ser necesario tratar la historia explícitamente como un campo de verificación de proposiciones analíticamente derivadas e incluso saquear los acontecimientos sin contemplaciones para el propio trabajo de análisis»; «como la historia está sujeta a una revisión continua –argumenta nuestro autor–, tales violaciones solamente pueden ser vistas como transgresiones menores». «Violar la textura y el detalle de la ocasión histórica concreta» (op. cit., 265-6) para que las comparaciones puedan efectuarse sobre la base de modelos teóricos «redondos» no es el tipo de procedimiento (relativamente habitual en sociólogos y politólogos) que nos agrada a los historiadores, por bien informados que estemos de los tipos ideales o los modelos como instrumentos de trabajo indispensables en las ciencias sociales.

18. Sobre Lamprecht consúltese A. M. Popper, 1970; M. Viikari, 1977; H. Schleier, 1982; L. Schorn-Schütte, 1986; P. Griss, 1987; sobre Pirenne, que tanto aprendió de Lamprecht, veáanse J. Dhondt, 1966, y B. Lyon, 1966 y 1974. Véase también Andrews, 1896.

Siempre se ha considerado al celebrado en París, en 1900 como el primero de una serie aún en vigor de Congresos Internacionales de Ciencias Históricas, después del fundacional, que tuvo lugar en 1898 en La Haya; en nada cambia tal tradición la reciente obra de K. D. Erdmann sobre la historia de los Congresos y del Comité Internacional de Ciencias Históricas¹⁹. El Congreso de París fue el primero, y también el último –y las dos circunstancias son significativas– que se convocó bajo el nombre de I Congreso Internacional de Historia Comparada, aunque del examen de sus actas se desprende que las contribuciones a la Sección de Historia General (como a otras varias) de ninguna manera eran estudios comparados. De acuerdo, por otra parte, con lo que había sido la evolución de los estudios comparados en las décadas anteriores, sólo la historia comparada del derecho y de las instituciones, e historias aún más especializadas como la del arte y la literatura, respondieron en parte al título general de la convocatoria²⁰.

Pero también en el año 1900, se produce en París, como decíamos, otro acontecimiento significativo para nuestra historia: el filósofo Henri Berr funda la *Revue de Synthèse Historique*²¹, desde la cual, en los años siguientes, algunos discípulos de Emile Durkheim (que influyeron decisivamente en el pensamiento de algunos jóvenes historiadores, colaboradores de la revista, como Lucien Febvre y Marc Bloch) defendieron frente a los historiadores *historisants*– el método comparado de la sociología durkheimiana. Desde los propios *Annales* se ha subrayado la importancia, para los fundadores de la revista, del programa que para la ciencia social defendió, desde la *Revue de Synthèse Historique*, el discípulo de Durkheim François Simiand, en su artículo de 1903 «Méthode historique et Science sociale»²². Una de las piezas esenciales del programa lo consti-

19. El de La Haya, de 1898, se denominó Congreso Internacional de Historia Diplomática: el primero en adoptar la denominación que había de perpetuarse fue el segundo de la serie, que tuvo lugar en Roma en 1903; cf. K. D. Erdmann, 1987, y W. G. Leland [1926-7], 1971. Para el Congreso de París, cf. Erdmann, 1987, 26-37.

20. En la primera sección, «Historia general y diplomática», cuyas actas se recogen en 398 páginas, no hay ninguna contribución de historia comparada; en la segunda, la «Historia comparada de las instituciones y del derecho» (228 páginas), los «papers» comparativos son minoritarios, a pesar de la larga tradición de esta disciplina: además del discurso de apertura del prof. Esmein, solamente dos (de doce): «La historia comparada del derecho y de la expansión colonial de Francia», de E. Jobbé-Duval, y «La influencia francesa sobre la codificación rusa bajo Nicolás I», de M. Winavert; la tercera Sección se dedicó a la «Historia comparada de la economía social» (59 páginas), y no se incluyen contribuciones de historia comparada. La «Historia de las cuestiones religiosas» (49 páginas), de la que se podían esperar muchas contribuciones de tipo comparado, dada la tradición de los estudios sobre religiones comparadas, sólo recogía una comunicación de G. Bonet-Maury titulada «Resumen comparativo de las misiones católico-romanas, católico-griegas y protestantes evangélicas entre los paganos»; sólo la «Historia comparada de las literaturas» (Sexta Sección, 277 pp.) y –con menor rigor metodológico– la «Historia del arte» responden mejor a su denominación. La «Historia de las ciencias» (5ª Sección, «Historia de las Ciencias», 348 pp.) no recoge contribuciones expresamente comparativas. En cuanto a la octava y última Sección («Historia de la música»), en el caso de que se publicaran sus actas, no se recogen en el «reprint» de Kraus, 1977.

21. Para el ambiente sociocultural en el que se forman las principales ideas de la «escuela de *Annales*», véanse, W. R. Keylor, 1975; L. Allegra-A. Torre, 1977; G. Gemelli, 1977-78; J. Kudrna, 1983, y Carbonell-Livet, 1983. Sobre Berr y la *Revue* véanse también L. Febvre, 1952; M. Siegel, 1970, y la antología de Arcangeli y Platania, 1981.

22. Para la formación de la sociología en Francia, es imprescindible T. N. Clark, 1973; sobre Durkheim, véanse –entre otros– Bellah, 1959, Nisbeet, 1965, y Lukes, 1984; sobre el desarrollo

tuía la comparación²³; pero (para exponer la situación con un poco más de ponderación que lo habitual) la comparación, tal como la entendía Durkheim en sus *Reglas del método sociológico*, que Simiand defendía y por la que dijeron inclinarse Lucien Febvre y Marc Bloch, era un proyecto imposible²⁴, mientras que, por su parte, los historiadores

posterior de su escuela y su influencia sobre *Annales*, J. E. Craig, 1981, y V. Karady, 1979. A partir del artículo de F. Simiand publicado en 1903 y, de modo más general, de la «Methodens-treit» francesa de comienzos de siglo, Maurice Aymard ha propuesto una contraposición distinta a la que veíamos más arriba planteaban Redlich y Fredrickson entre historiadores «humanistas-historicistas» y «científico-sociales» que me parece más cercana a la realidad de aquellos años. Para Simiand, no hay hecho en el que no se pueda distinguir entre una parte individual y una parte social, una parte de contingencia y otra de necesidad. El problema es: ¿se puede comparar sin sacrificar una de las dos dimensiones a la otra? La primera respuesta es la que ya se había dado a lo largo del siglo anterior y que –anota agudamente Aymard– han compartido «un cierto marxismo (...) con la más pura tradición liberal»; una respuesta que reposa sobre una visión unificadora (lineal o dialéctica) de una historia marcada por las etapas al mismo tiempo necesarias y sucesivas del desarrollo de las sociedades: lo social, lo necesario, las unidades de fondo, lo esencial, son preferidos a lo individual, lo contingente, las modalidades de hecho, lo accesorio. Se resuelven así los problemas antes de ser planteados, incluso sin necesidad de serlo.

La segunda respuesta es la que, a juicio de Aymard, ha tenido más éxito, «ha marcado la gran mutación de la investigación histórica en el curso de los cuarenta o cincuenta últimos años». Es, en definitiva, la invención y promoción de lo serial (lo social, lo regular, lo necesario). El privilegio acordado a lo serial ha orientado al historiador a captar amplios espacios en sus contrastes, pero también en su «movimiento de conjunto». Dicha renuncia a sacrificar lo uno o lo otro exigía que en su fundamento, tal diversidad y tal complejidad de lo real fueran acogidas en su totalidad: de ahí, la elección, complementaria de la anterior, de la monografía (una monografía entendida como «historia total»).

23. «Desde comienzos de siglo –explica Aymard (1990, 271)– la historia se ha visto confrontada por la necesidad de comparar. Dicha necesidad no ha venido de ella misma, y muchos historiadores continúan reafirmando el carácter irreductible, rebelde a toda generalización, a toda sistematización, a toda modelización, de aquello que es más difícil de captar, pero que, a sus ojos, únicamente justifica su disciplina: lo vivido humano, concreto, de los individuos. Pero la historia no ha podido elegir. Era necesario aceptar el desafío que le había lanzado la sociología –en Francia, bajo la pluma de Emile Durkheim– en la competición que preparaba para atribuirse y hacerse reconocer un verdadero primado entre las ciencias del hombre: “La historia no puede ser una ciencia más que en la medida en que explica, y no se puede explicar sino comparando”. Una afirmación que los historiadores, hoy como ayer, la ponen en cuenta, de la que se olvidan, prefiriendo que pase en silencio la consecuencia, lapidaria, formulada por los más: “Desde el momento en que compara, la historia deja de diferenciarse de la sociología”. Este imperialismo de una sociología entonces naciente puede hoy hacer sonreír. Pero nos recuerda, más profundamente, la naturaleza verdadera de la apuesta. En efecto, coloca la comparación en el corazón a la vez, por un lado, de la ambición unificadora de las ciencias sociales tomadas en su conjunto y, por otro, del proyecto teórico propio de cada ciencia social considerada por sí: su pretensión de captar la totalidad de lo social y de proponer un sistema de explicación que alíe la exhaustividad a la coherencia».

24. Para Durkheim –como para Comte– el método comparativo era esencial para definir las causas de los fenómenos sociales. Tomando como punto de partida la *Lógica* de Mill [1843], Durkheim consideraba que el método adecuado para la sociología (y, por tanto, para la historia) era el llamado «método de las variaciones concomitantes», cuyas exigencias –en términos del propio Durkheim– eran inalcanzables para los historiadores. De acuerdo con su método, «lo que hace falta es comparar no variaciones aisladas, sino series de variaciones regularmente constituidas, cuyos términos se vinculen entre sí por una gradación tan continua como sea posible y que además tengan la extensión suficiente (...). Aunque se pueden comparar series de hechos tomados de la misma sociedad, «cuando, por el contrario, se trata de una institución, de una regla jurídica o mo-

«positivistas» defendían también algo pocas veces subrayado— la necesidad de la comparación, aunque fuera con miras menos ambiciosas²⁵.

¿Quiere esto decir que la conocida defensa por parte de Marc Bloch del método comparado tal como lo empleaban los filólogos o los antropólogos no es sino una mani-

ral, de una costumbre organizada, que es la misma y funciona de la misma manera en toda la extensión de un país y no cambia más que en el tiempo, no podemos encerrarnos en el estudio de un solo pueblo». Hay que incluir en el estudio varios pueblos de la misma especie, confrontar «la historia de uno con la de los demás y ver si en cada uno de ellos, tomado aparte, evoluciona el mismo fenómeno a lo largo del tiempo en función de las mismas condiciones. Después se pueden establecer las comparaciones entre estos diversos desarrollos». Pero ni siquiera este método basta. «Sólo se aplica, en efecto, a los fenómenos que se han producido durante la vida de los pueblos comparados. Ahora bien, una sociedad no crea todas las piezas de su organización; la recibe en parte completamente hecha de las sociedades que le han precedido (...). Por consiguiente, para dar cuenta de una institución social que pertenezca a una especie determinada, se compararían las formas diferentes que ella presenta no sólo en los pueblos de esta especie, sino en todas las especies anteriores». Sólo a través de este método, que denomina «genético», se puede explicar un hecho social complejo siguiendo su desarrollo integral a través de todas las especies sociales. «La sociología comparada —concluye Durkheim, como hemos visto en nota 10— no es una rama especial de la sociología; es la sociología misma, en tanto en cuanto deja de ser puramente descriptiva y aspira a dar cuenta de los hechos». E. Durkheim [1895], 1974, 136-144. Este «único método de explicación, a la vez sociológico e histórico», no es, para Bellah, el único en sociología, aunque al mismo tiempo afirma que «la mayor parte de su [de Durkheim] trabajo empírico lo llevó a cabo a través de este método de comparación «extendido» y que los grandes avances teóricos que han inspirado tanto trabajo valioso en antropología, historia y sociología emergieron directamente del uso de tal método»: R. N. Bellah, 1959. Creo que Bellah es demasiado optimista, y que, aunque ciertamente la mayor parte de la sociología histórica se ha visto influenciada tanto por Durkheim como por Marx o Weber, el programa de trabajo sucintamente recogido en el párrafo anterior es muy difícil de aplicar para el estudio histórico de las sociedades comparadas, si se quieren mantener los «standards» de rigor crítico de los historiadores. Para la sociología comparada de Durkheim, véase, entre tantos otros, Neil Smelser, 1976, 38-113. M. Bloch y L. Febvre estaban probablemente más cerca de Berr que de Durkheim. Berr [1911], 1961, 130-1, al hablar del dominio de la necesidad, estima y al mismo tiempo critica a Durkheim: «La Sociología general, o abstracta, que se apoya en el estudio experimental y *la comparación de las sociedades*» (el subrayado es mío) y que deduce sus leyes propiamente sociales es —como la parte del todo— distinta de la síntesis histórica o ciencia integral de los hechos humanos». Berr recomienda la obra de G. Glotz (citada en la *Revue* de Berr, t. XV, diciembre 1907, p. 357) para el empleo del método comparativo «con independencia de toda idea *a priori* y de toda preconcepción sociológica».

25. Después de leer tantas interminables y agresivas críticas *annalistes* contra la historia «positivista», «historizante», «evenemencial», sorprende encontrar en «el Langlois-Seignobos» unas interesantes páginas sobre el método comparado, expuestas además en el marco del problema de la explicación histórica y con pertinentes referencias tanto a la tesis de la *Zusammenhang* como a la teoría del «alma social» desarrollada poco antes por Lamprecht: C.-V. Langlois-C. Seignobos, [1897] 1913, 298-308; como sorprende que, en la primera página de su famoso artículo de 1928 (1963), p. 16, Marc Bloch cite el «remarquable article» de Ch.-V. Langlois, «The comparative history of England and France during the middle ages», publicado en 1900 en la *English Historical Review*. El modelo del Langlois-Seignobos es, como se sabe, el manual de E. Bernheim (1879), que recoge también interesantes comentarios sobre el método comparado: sólo conozco una edición en castellano, la traducción de la 3ª edición alemana debida a Pascual Galindo, publicada por Labor en 1937. Un factor, de importancia muy menuda, que ayuda a entender el alejamiento de los historiadores españoles respecto a la historia comparada, es que la obra de iniciación a la metodología histórica más extendida entre nosotros hasta los años sesenta, debido en gran manera al prestigio del prof. G. de Valdeavellano, no hace referencia alguna al asunto: cf. W. Bauer, 1957.

festación tardía de una tradición intelectual decimonónica? Si se tienen en cuenta tanto la obra de Marc Bloch –y en mucho menor grado la de Lucien Febvre²⁶ –y más concretamente las páginas que expresamente dedicó, en diversos momentos de su trayectoria profesional, a la comparación histórica, hay que decir, por el contrario, que la visión comparativa de Bloch –sobre todo tal como se expresó en su conocido artículo de 1928²⁷ –significó una nueva forma de entender los estudios comparados a la que se ha vuelto reiteradamente en los últimos decenios²⁸, aunque Bloch apenas tuviera discípulos directos que desarrollaran esta dimensión de su pensamiento y de su trabajo histórico²⁹. Sin embargo, creo que no se han analizado aún, en sí mismas y en su contexto, algunas de las ideas de Bloch al respecto, que sí nos retrotraen claramente al siglo XIX: la extrema im-

26. Antes de 1928 Marc Bloch había practicado la historia comparada (por ejemplo, en *Los Reyes taumaturgos*), pero no había teorizado sobre ella; de ahí el interés de la densa crítica –centrada en el qué y el cómo de la comparación– que Lucien Febvre publicó en 1924 en la *Revue de Synthèse Historique* sobre la obra del lingüista A. Brun, *Recherches historiques sur l'introduction du français dans les provinces du Midi*. En una larga reseña (R.SH, 38, 1924, 37-53), Febvre cita dos libros de Antoine Meillet y hace observaciones sobre la obra reseñada que indican un activo interés por la lingüística histórica. Bloch citará a Brun y Febvre, 1928, 27n. Es de un gran interés la carta dirigida por L. Febvre a E. Gilson sobre Marc Bloch y el método comparado, recogida en Apéndice por Raftis, 1962, 356-368.

27. M. Bloch, [1928], recogido en sus *Mélanges* 1963, 16-40. Se publicó como artículo en la *Revue de Synthèse Historique* a finales de 1928, meses después de que Bloch lo presentara como comunicación en el VI Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Oslo: cf. Erdmann, 1987, 163-189.

28. Sobre la concepción y la utilización del método comparado en M. Bloch, véanse Raftis, 1962; Sewell, 1967; Walker, 1980; Hill and Hill, 1980; Chirot, 1984. Sin embargo, apenas se ha estudiado el papel que el método comparado jugaba para Bloch dentro del conjunto de su visión de la ciencia histórica. Aun sin llevar a cabo tal labor, Raftis (1962, 365) nos «devuelve» al Bloch historiador cuando escribe que, para Bloch, el verdadero reto de la historia comparada se podría resumir en la siguiente pregunta: ¿es mucho decir que, para hacer mejor historia, los historiadores deberían ser más humanos?

29. En la «escuela» de *Annales*, apenas nadie siguió a Bloch en su empleo sistemático del método comparado, entre otras razones porque, como ha afirmado Raftis (1962, 351), «desgraciadamente Marc Bloch nunca fue capaz de ofrecernos un estudio completo de su metodología para la historia comparada». Como afirma T. Stoianovich (1976, 125n), el método comparado fue cuestionado por Lévi Strauss, y únicamente fue empleado en Francia en su versión braudeliana (un proceso de construcción, revisión y comparación de unos modelos con otros), muy alejada de los puntos de vista de Bloch. Para Dumoulin, dado que el esfuerzo de Pirenne y de Bloch no tuvo efectos inmediatos, habría que esperar a la aparición de la historia social, que –como ya vimos que piensa también Aymard– es la que hace de la historia comparada un elemento necesario (y frecuentemente implícito) de la «nueva historia», a cuyo influjo se une además el aporte de las demás ciencias sociales, la influencia de la antropología estructuralista y de L. Gernet y sus discípulos (Vernant, Vidal-Naquet...). En todo caso, este «éxito» de la historia comparada se encuentra con muchos obstáculos (el cuadro monográfico de las tesis doctorales, la organización de los estudios) y es el éxito de una aproximación que nada tiene que ver con la de comienzos de siglo: «las grandes comparaciones diacrónicas y universales han desaparecido y la historia no busca ya establecer leyes como hubieran deseado los durkheimianos». Para Michel de Certeau la operación histórica recurre hoy a esta aproximación para llevar hasta el límite los modelos contruidos por las ciencias del hombre; a través de la comparación histórica se advierten mejor las distancias, las resistencias, las diferencias: cf. O. Dumoulin, 1986, 151-2. En los tres ensayos que de él citamos (1980, 1985, 1990), Raymond Grew conecta sistemáticamente la promoción de la comparación histórica con la «nueva historia» y la labor de los CSSH con la de los *Annales d'histoire économique et sociale*.

portancia dada a la comparación³⁰; la influencia de la lingüística comparada vía Meillet³¹, de la sociología de Durkheim (quien influyó también sobre Meillet) y de la antropología (J. G. Frazer); la aceptación del método universal de comparación, que él no criticó, aunque no lo considerara útil para su propósito; la importancia que el método comparado había de tener para la síntesis, aquel propósito fundamental de Berr; la necesidad de la división del trabajo y al mismo tiempo del trabajo en equipo, etc.³². En otro

30. Aunque no es una nueva panacea, «el método comparado puede mucho: considero que su generalización y su perfeccionamiento constituyen una de las necesidades más apremiantes que se imponen hoy a los estudios históricos»: op. cit., 16. «Su porvenir [el de las investigaciones de detalle], el porvenir, quizá, de nuestra ciencia tiene ese precio» [el uso del método comparado]: op. cit., 17. Estoy de acuerdo con Walker (1980, 164) en que, si bien Bloch no pensaba que el método comparado fuera una panacea, seguramente esperaba más de él en el futuro.

31. En su artículo de 1928, Marc Bloch reconoce con toda claridad su deuda con *La méthode comparative en linguistique* (1925), de A. Meillet, y se refiere a *The Golden Bough*, de J. G. Frazer; pero subraya al mismo tiempo que la aplicación del método comparado a la historia tiene sus propias limitaciones y exigencias. Creo, por ello, que la posición de los Hill (Bloch aprendió de Meillet, pero no supo hacerlo bien, y transmitió a sus discípulos su visión equivocada del método comparado) no puede sostenerse. Hay que señalar, con Walker (1980, 157-8), que Bloch había aplicado el método comparado en *Los reyes taumaturgos* (1923) sin la menor referencia a la lingüística y que, ya en sus primeras publicaciones (*L'Isle de France*, 1913), la necesidad de comparar aparece explícitamente con un lenguaje cercano al de Mill y Durkheim (Chirot, 1984, 33). Pero, como dice el mismo Walker (1980, 162), no hay duda de que, cuando ya en los años veinte Marc Bloch se refiere explícitamente al método comparado (y en particular en su ensayo de 1928), es el modelo lingüístico el que generalmente cita. La naturaleza de los objetos del estudio lingüístico, por un lado, y del histórico, por otro, está muy lejos de ser similar, y Bloch era bien consciente de ello. No sólo la historia –continúa Walker (1980, 164)– carece de la causalidad común a las leyes naturales de las ciencias físicas, sino que a menudo no pueden asignarse a las instituciones sociales los orígenes comunes identificables de la gramática, o sus orígenes son mixtos y oscuros. Es notable (y así ha sido señalado en varias ocasiones, al hablar de la escuela de *Annales*) que no sólo el propio E. Durkheim y sus discípulos influyeran directamente sobre Febvre y Bloch, sino que el propio Meillet siguiera a Durkheim en su interés por el carácter social del lenguaje: cf. J. Vendryes, 1937, y A. Sommerfelt, 1936. A diferencia de W. Labow (cit. en la obra de Sebeok, 1963-1976, 13, 201) y de L. Walker (1980, 157n), que le sigue en este punto, no creo que el influjo de Durkheim sobre Meillet fuera un mero «accidente histórico». Sobre el método comparativo en lingüística, véanse Hoenigswald, 1965, 119-143; Thieme, 1964, y H. H. Hock, 1991.

32. La comparación no tendrá valor –piensa bien Bloch– más que si se apoya sobre estudios de hechos detallados, críticos y sólidamente documentados. Ante la dificultad de la tarea, «necesariamente el trabajo comparativo propiamente dicho estará reservado a una pequeña parte de los historiadores. Incluso sería el momento de organizarlo, sobre todo, dándole un lugar en la enseñanza universitaria» (Marc Bloch asigna aquí a los historiadores comparatistas la misma relación respecto a los historiadores «tout court» que la que asignaba Durkheim a los sociólogos respecto a los historiadores): cfr. op. cit., 37, y las observaciones de Raftis, 1962, 362-3.

Bloch es plenamente consciente de que, como los estudios particulares están en muchos casos poco avanzados, sólo se podrá progresar muy lentamente: «Pour un jour de synthèse il faut des années d'analyse» (Fustel de Coulanges); pero también advierte –de nuevo en la línea de Berr– de que dicho 'análisis' no será utilizable si desde el comienzo no sabe que debe servir a la 'síntesis'. De ahí todo un conjunto de propuestas que sólo en muy pequeña parte se han llevado a la práctica, a pesar de los continuos «recordatorios» en ese sentido, antes y después de Bloch: trabajo en equipo (a pesar del casi imposible diálogo entre Universidades en Francia) y división internacional del trabajo (Raftis, 362-3), necesidad de una «reconciliación de terminologías y cuestionarios» y de un lenguaje científico común, ampliación de horizontes en los estudios locales

sentido —y aunque probablemente Bloch conocía el concepto de «tipo ideal»—, me parece que Walker (1980, 161-2) va un poco más allá del propio Bloch cuando interpreta su forma de entender la historia comparada como un ejemplo de construcción consciente de modelos.

Marc Bloch tuvo, paradójicamente, mucha más influencia en los Estados Unidos que en Francia. No sólo lo muestran los numerosos trabajos y referencias al método comparativo en Bloch, sino también el que la fundadora de la influyente revista *Comparative Studies in Society and History*, Sylvia L. Thrupp, se considerara a sí misma como discípula de Bloch: medievalista y especialista en historia económica, entendió muy bien el planteamiento comparativo de Bloch, y en buena medida lo tomó como modelo para la citada revista³³, a la que se puede atribuir en parte la recuperación del interés por la historia comparada, después de que las obras de O. Spengler y A. J. Toynbee (Febvre, 1965; McNeill, 1989) hubieran acabado de desacreditar el legado comparatista decimonónico.

y superación de los nacionalismos historiográficos (el punto en que más había insistido Pirenne en el Congreso de Bruselas de 1923): cf. op. cit., 40. Su forma de entender la relación análisis-síntesis explica la crítica de Bloch a la obra de E. MAYER, *Deutsche und französische Urfassungsgeschichte* [1899]: «No puede decirse que esta obra, en general instructiva y sugestiva, pero también bastante aventurada, responda plenamente a nuestras necesidades. Sin duda una síntesis tan vasta será prematura, hasta que el método comparado no haya sido aplicado de manera continuada a instituciones particulares»: M. Bloch [1928-b], 1963, 503.

En su artículo de 1928, además de obras como las de Meillet, Brun-Febvre, Frazer, Bloch cita varios artículos sobre el asunto en la RSH dirigida por Berr (Davillé, Sée, el propio Bloch) y, por supuesto, a su maestro Henri Pirenne, el Pirenne «teórico» del método comparado (1923, 1931), pero sobre todo el autor de obras como *Las ciudades en la Edad Media* (1925): L. Walker (1980, 162n) piensa que lo que Bloch admiraba en dicha obra (publicada antes en inglés, 1925, que en francés, 1927) era la capacidad de Pirenne para mostrar cómo el desarrollo de las ciudades medievales se debía a una causa común, el comercio; el propio Bloch, en su correspondencia con Pirenne, se refiere a «su sentido tan justo y penetrante del movimiento histórico (...), del 'élan vital' de la historia» y a su capacidad de síntesis (B. y M. Lyon, 1991, 91, 135). De Durkheim admira (cf. M. Bloch, 1928, 30n), no sus *Reglas*, sino un caso concreto en el que el conocido sociólogo emplea la comparación, que Bloch considera «una de las más acabadas piezas de metodología que Durkheim haya producido». Walker (1980, 157) apunta también la posibilidad del influjo de Fustel de Coulanges (cuya *Ciudad antigua*, afirma, es comparativa por naturaleza) y del método propio de la escuela geográfica de P. Vidal de la Blache. Por mi parte, después de leer a Raftis (1962, 352), creo que Bloch pudo tener en cuenta los estudios que sobre la historia agraria inglesa se habían llevado a cabo empleando la comparación sistemática— por figuras como Seebohm, Maitland y Vinogradoff. Hasta los últimos años de su vida, Bloch estuvo de acuerdo con los puntos de vista de Maitland y Vinogradoff y en los años treinta reprochó reiteradamente a los historiadores ingleses por no emplear el método comparado. Como muestra, entre otras cosas, la *Apologie*, Bloch admiraba de modo particular a Frederick Maitland, de quien ya sus primeros comentaristas (Gooch, 1952, 367-375) destacaban, entre otros rasgos, su insistencia en la necesidad de la comparación.

33. Vease el editorial del primer número de los CSSH, 1958-1959, 1-4. En él Thrupp atribuía el nuevo interés por la comparación histórica a factores como la «caída en desgracia», de las más extremas variedades del relativismo y del historicismo históricos, así como de las historias angostamente etnocéntricas debido a las dos guerras mundiales, cuya causa principal atribuía a los nacionalismos. Uno de los primeros ensayos sobre la comparación en historia económica se debe a ella: cf. Thrupp, 1957, además de Easterbrook, 1957. Una breve semblanza de los CSSH, en R. Grew, 1990, 323-6.

III. EL USO DEL MÉTODO COMPARADO HOY EN HISTORIA: VENTAJAS, DEBILIDADES, PROBLEMAS

A. Lijphart, siempre interesado por el método comparado y su aplicación al área de la política comparada (1071, 682-685), considera que el método comparado es uno de los tres empleados en la investigación, junto al experimental y al estadístico, y que, como ellos, consta de dos elementos básicos: el establecimiento de relaciones empíricas generales entre dos o más variables, mientras las demás variables están controladas, es decir, se mantienen constantes. El método comparado es –piensa Lijphart– el más elemental de los tres –el más cercano, también, a nuestra forma natural de conocer³⁴–, y sólo se diferencia del estadístico –aunque tal diferencia es crucial– en que el número de casos de que trata es demasiado pequeño como para que sea posible un control sistemático de las diversas variables a través de correlaciones parciales. Visto en relación con el método estadístico y, sobre todo, con el experimental (imposible de usar en historia), hay que ser conscientes de la debilidad del método comparativo: que no equivale –está claro– a su inanidad. Las dos debilidades fundamentales –para Lijphart– del método comparado son la existencia de demasiadas variables y el pequeño número de casos³⁵.

Por otro lado, hay quien mantiene que el método comparado sólo puede ser empleado para cierto tipo de problemas, más en concreto para aquellos fenómenos que trascienden las fronteras de un único sistema social (de una «unidad de comparación») (Sewell, 1967, 211-214). Otros autores no están de acuerdo con esta afirmación³⁶, como tampoco con otro de los límites que señala Sewell, para quien la comparación histórica sólo ayuda únicamente en el primer y más fácil grado del proceso explicativo. «El método comparado –afirma Sewell– (1967, 217)– es un conjunto de reglas que pueden ser metódica y sistemáticamente aplicadas a la hora de recoger y emplear pruebas para verificar hipótesis explicativas. El mismo no nos ofrece explicaciones que puedan ser sometidas a verificación: ésta es tarea de la imaginación histórica». Apunta aquí Sewell aquello que también sostienen Pomian, Aymard o Braembussche: que el método comparativo no puede servir para la explicación de las causas, aunque sí para la falsación de hipótesis³⁷.

34. En un artículo muy original, R. Romano (1986) muestra las dificultades que los españoles encontraban para explicar las realidades americanas en sus escritos o a su vuelta a Europa: eran necesarias continuas referencias a cosas conocidas (el mundo grecorromano, los egipcios, la Biblia, el mundo musulmán) que se comparaban –con más o menos acierto– con las hasta entonces desconocidas «novedades de las Indias».

35. Para evitar en lo posible los efectos de tales debilidades y «optimizar» el método comparado, Lijphart (1971, 686-692) diseña cuatro tipos de estrategias: (1) Incrementar al máximo el número de casos; (2) Reducir el «property-space» del análisis; (3) Centrar el análisis comparado sobre casos «comparables» (casos en que un gran número de variables que se quieren tratar como constantes son similares, pero no en cuanto dichas variables están relacionadas con aquello que se quiere comparar entre ellos); (4) Centrar el análisis comparado en las variables «clave»: se trata con ello de «simplificar el campo» (Eckstein, 1963) o de seguir la sugerencia de La Palombara (1968) en favor de una «aproximación segmentada», que busque la formulación de proposiciones de medio alcance y de sistemas parciales.

36. R. Grew, 1980, 775, punto 5. En otros ensayos el autor ha reiterado su opinión sobre este tema.

37. Pomian, 1986, 105-107, quien, sin embargo, llega a afirmar: «Gracias a ella [a la comparación], al menos en algunos casos, se llega a reemplazar la simple constatación por un inicio de

Busino y Fredrickson señalan otros dos problemas de fondo. Para el primero³⁸, las teorías comparatistas tienen difícil aplicación en las ciencias sociales, porque «la función heurística implícita a la comparación entre dominios heterogéneos, favorece la exploración de lo que no se conoce y suministra instrumentos para orientar la investigación y la imaginación, pero siempre al precio de la reducción de lo desconocido, de lo otro a lo idéntico, de lo complejo a lo simple, de las particularidades a las homogeneidades».

La observación de un especialista en historia comparada como Fredrickson es especialmente importante, en la medida en que apunta a uno de los principales motivos del rechazo de la comparación explícita y sistemática por parte de muchos historiadores³⁹. «La historia, a mi modo de ver –afirma Fredrickson–, es o debería seguir siendo una cosa distinta a las ciencias sociales más sistemáticas, en su interés por lo único o lo especial que encontramos en los comportamientos humanos. Hacer una historia comparada que haga justicia a la diversidad y el pluralismo sin convertirse en tan particularista que haga imposibles o irrelevantes las comparaciones inter-nacionales», ése debería ser el objetivo⁴⁰. Existe un acuerdo general en que aquellos estudios histórico-comparativos

razonamiento fundado, no sobre premisas arbitrarias, sino sobre la presencia de zonas de inteligibilidad en el interior de la historia misma»; véanse también las muy matizadas observaciones de A. A. van der Braembusche, 1989, y M. Aymard, 1990, 277-8. Para Beer, 1963-64, 10-12, el método comparativo puede contribuir a la explicación histórica.

38. Busino, 1986, 210-33. Como se ve, dicho autor –a diferencia de prácticamente todos los demás especialistas que tratan de este asunto– no opina que la comparación ayude a evitar el etnocentrismo. Cuando se estudian las primeras investigaciones comparativas –afirma–, en particular a partir de Gonzalo Fernández de Oviedo (cf. A. Gerbi, 1975 y 1983), se constata que el comparatismo ha sido siempre una búsqueda de la identidad, pero de una identidad equivocada: la identidad asegurada por la ciencia, la función de identidad de una cultura que coloca la ciencia en el corazón de todos sus valores. De ahí una identidad fuertemente etnocéntrica, que hace del grupo social al que se pertenece el único modelo de referencia. También en el caso de Durkheim –sostiene Busino– la comparación favorece el etnocentrismo, en cuanto liga su suerte a la teoría decimonónica de la evolución. El evolucionismo social –concluye Busino– condiciona el método comparado y a su vez el método comparado prueba la validez de la teoría evolucionista. Estamos –concluye Busino, a mi modo de ver demasiado precipitadamente– ante un comparatismo apenas retocado después de Spencer y Durkheim, de cuyas bases fundamentales participan el estructural-funcionalismo de Radcliffe-Brown, la teoría de los sistemas y el estructuralismo.

39. Cfr. R. Grew, 1980, *passim*, y 1990, 323-326. «Las virtudes del método comparado (escribe Emsley, 1984, X), no siempre han sido reconocidas. En un tiempo la historia comparada era vista como una especialidad exótica y en cierto modo sospechosa. Este erróneo escepticismo era originalmente, sin duda, una reacción contra la peligrosa y errónea creencia de los teóricos decimonónicos del siglo XIX de que los estudios comparados podrían revelar leyes universales, una ciencia de la sociedad. Dos rasgos del positivismo evolucionista fueron, acertadamente, considerados problemáticos. En primer lugar, la admisión de una estructuración lineal o cíclica del desarrollo humano, un camino que todos debían recorrer, significaba que las comparaciones no estaban basadas en experiencias históricas reales. En segundo lugar, la tendencia a abstraer los fenómenos y a considerarlos fuera de su contexto significaba que las relaciones entre los diversos ámbitos, sociales o culturales eran también descuidadas. La comparación se había convertido en una sirviente del historicismo».

40. Fredrickson comienza advirtiéndolo de que el principal defecto de las aproximaciones «cosmopolitas», que ponen el énfasis en las similitudes, radica en que puedan convertirse en abstractas o mecánicas, ignorando la diversidad y la contingencia en el desarrollo de las sociedades, culturas y comunidades políticas. De ahí que la aceptación o rechazo de la historia americana (Fredrickson escribe en el contexto del debate sobre la supuesta debilidad de la historia comparada entre los

realizados con categorías propiamente historiográficas o surgidas de la misma investigación son aquéllos que más y más favorablemente han influido sobre los historiadores⁴¹.

En los últimos veinte años, la historia comparada ha suscitado especial interés en los Estados Unidos, sin que ello quiera decir que no haya dado muy buenos resultados en Europa también⁴². Como ha puesto de manifiesto Tyrrell, la investigación comparativa

especialistas en historia de los Estados Unidos) por comunidades internacionales de estudiosos comprometidos con paradigmas particulares para el entendimiento del cambio histórico no necesariamente sea un «test» válido sobre el valor de la historiografía americana. «Los historiadores de los Estados Unidos, ciertamente, deberían ser más comparativos pero no deberían sacrificar (...) sus propias intuiciones interpretativas y estilos historiográficos en favor de otros que pueden haberse desarrollado en respuesta a experiencias históricas bastante diferentes a aquéllas que están ellos examinando». Es muy interesante el caso de G. M. Fredrickson, quien, siendo uno de los más admirados cultivadores norteamericanos de la historia comparada de tipo *fuerte* (cf. Fredrickson, 1981), no considera que la historia sea una más de las ciencias sociales: «La historia, desde mi punto de vista –afirma–, sigue siendo –o debería seguir siendo– distinta de las demás ciencias sociales más sistemáticas en su interés por lo especial o lo único en la experiencia humana. Hacer una historia comparada que haga justicia a la diversidad y al pluralismo sin convertirse en algo tan particularista que haga imposibles o irrelevantes las comparaciones interculturales es una tarea completamente diferente [a la de quienes optan por la aproximación «cosmopolita»]: Fredrickson, 1985, 109. También Higham (1985, 113) explica y al mismo tiempo justifica la llamada por Grew «debilidad comparada» de la historia americana por «el profundo y rico significado que el localismo («parochialism») tiene para muchos historiadores que son los custodios de su propia herencia particular» (la de un grupo étnico, por ejemplo). «La comparación no sólo admite verdades mal recibidas, sino que reduce el especial sabor empático transmitido por la relación de quien escribe ‘desde dentro’».

41. Para Grew, 1980, 766-7, la impresión común de que la comparación histórica exige una aproximación que consiste en comparar grupos, acontecimientos, instituciones o ideales que de modo abstracto se han considerado comparables puede explicar en parte la escasez de obras historiográficas que se valen de la comparación histórica. Es significativo, a su modo de ver, que las comparaciones más admiradas y aceptadas (J. Burckhardt, R. R. Palmer, F. Braudel) sean estudios cuyo alcance no fue determinado por categorías ‘teóricas’, sino que usaron una estructuración ya familiar y aceptable, además de eficientemente amplia como para incluir el espacio en el análisis comparado. Años después, el mismo Grew (1990, 328) aborda la misma cuestión desde otra perspectiva: «El problema crítico, por tanto –afirma–, no es simplemente cómo ha sido empleada la comparación (...), sino en qué estado de la investigación y para qué propósitos ha sido estudiada. Para los historiadores esta distinción parece cercana a la ya familiar entre quien trabaja desde dentro (desde la evidencia detallada, firmemente enraizada en el contexto social, que es empleada para crear estructuraciones y generalizaciones) y la imposición desde fuera de una articulación teórica ya prefabricada en cualquier otro sitio».

42. Prácticamente todos los autores anglosajones que en los veinte últimos años han tratado de la situación y perspectivas de la historia científico-social (o, más directamente, de la historia social) han asignado un papel de primera magnitud a la comparación sistemática: cf. D. Landes-Ch. Tilly, 1971, 73; L. Benson, 1972, 168-9 y 309-326; A. L. Stinchcombe, 1978, 21-22, 115-116, 124; G. Barraclough, 1957, y 1981, 481-484. Sin embargo, aquellos historiadores americanos que se dedican a la historia de los Estados Unidos utilizan menos la comparación que los de otros países y que sus colegas «europeístas», según R. Grew: su tesis dio lugar a un interesante debate en el *Journal of Interdisciplinary History* (1986), en el que intervinieron también T. K. Rabb, G. M. Fredrickson y J. Higham. Desde 1965 había hecho notar Higham (1983, 232) el retraso en las dimensiones internacional y comparativa de la historiografía sobre los Estados Unidos. Ninguno de los tres autores citados, incluido Higham, compartía en 1986 el pesimismo de Grew. Para Higham, entre 1965 y 1985 esa persistente dicotomía de la historiografía estadounidense entre americanistas y europeístas («redskin» y «paleface»), como les denominaba respectivamente Santayana)

que se hace notar a través de los CSSH, de cuya fundación en 1958 ya hemos hablado, sólo constituye una pequeña muestra del trabajo comparativo de los historiadores norteamericanos⁴³. Más interesante me parece destacar el gran número de artículos y contribuciones a obras colectivas que se han dedicado a la cuestión; el que, tanto en sus asambleas de 1978 como de 1990, la historia comparada haya sido incluida como tema de atención preferente por la *American Historical Association*, y que las revisiones más recientes muestren un trabajo en conjunto de gran altura y muy diversificado, afirmación que no se hubiera podido hacer ni siquiera en los años sesenta⁴⁴.

Aun con todas las debilidades y objeciones apuntadas, la comparación histórica reúne muy importantes cualidades, más allá de los objetivos concretos que pueda alcanzar a través de cada una de las formas de historia comparada que hoy más se practican, de los que hablaremos más adelante. El argumento en su favor más reiterado, por su claridad y por su importancia, es que la historia comparada (incluso la mera «perspectiva comparada») ayuda decisivamente a evitar los peligros del etnocentrismo⁴⁵, aunque para

estaba –como consecuencia de las presiones de un mundo cada vez más interdependiente –transformándose en una única comunidad intelectual, que necesariamente habría de estar interesada en internacionalizar la historia de América y ampliar la historia de Europa y en favorecer los estudios (de «perspectiva comparativa») sobre la interconexión de los pueblos «Necesitamos comparaciones –afirma Higham– que sean integradas en y contribuyan a la formación de una única configuración, tanto como de aquéllas que se formulan explícitamente en una argumentación estructurada» (115-6).

43. I. Tyrrell, 1991, 1031n. Sobre los CSSH y los tipos de estudios más habitualmente recogidos en sus páginas, véase la observación de N. Green (1990, 1340), que ayuda a comprender mejor la información que el director de la revista, Raymond Grew, hace en diversas contribuciones: cf. 1980, 773-775; 1990, 323-326. Para Green, la «New Social History» de los años setenta ha reforzado la tendencia al estudio monográfico en los Estados Unidos y frenado quizá el avance comparativo: una circunstancia que podría ayudar a entender mejor aún la amplitud con que los CSSH entienden la comparación histórica. En la «Note for Contributors» publicada en 1989 –pone Green como ejemplo– se afirma: «Las contribuciones pueden ser descriptivas, analíticas, o teóricas. Cualquier artículo que no sea en sí mismo comparativo podrá ser aceptado si es susceptible de ser colocado en una perspectiva comparada». La misma «Note», mantenida a 1993, sigue diciendo: «La correspondencia con los editores anterior al envío de artículos les ayudará a obtener ese comentario o «companion study». El énfasis en los estudios comparativos puede ponerse en las similitudes o, si son suficientemente significativas y llevan a alguna modificación de las generalizaciones, en las diferencias». Por su parte, después de hablar de la vieja controversia entre historia idiográfica e historia nomotética y del especial interés de estos últimos por la comparación, Pomian señala que, a comienzos de siglo, tanto Max Weber como François Simiand mostraron de forma convincente que la historia no podía reducirse a una descripción de casos únicos. Es en este contexto –sigue diciendo– en el que se comienza también a practicar una historia comparada que tendría su auge en el período de entreguerras (en Francia, sobre todo a través de Febvre y Bloch). Cuando aparecieron los CSSH –concluye Pomian– ya no lo hicieron en conflicto con la historia «historisante»: en 1958 todo el mundo consideraba legítimas las comparaciones: Pomian, 1986, 99.

44. Veáanse los repetidamente citados trabajos de R. Grew, 1980 y 1990; G. M. Fredrickson, 1980; P. Kolchin, 1982; y el debate de 1985 al que ya nos hemos referido en nota 42, así como los artículos y debates sobre el asunto publicados en la *American Historical Review* por Alexander, Bowman, Earle-Hoffman, Grew, Hill y Hill, Kolchin, McDonald-McWhiney y Pessen, su continuación en 1982, y la nueva problemática suscitada por I. Tyrrell en el tomo correspondiente a 1991 de la misma revista.

45. Cfr. R. Grew, 1980, 768; M. Mandelbaum 1977, 14, entre tantos otros, comenzando por H. Pirenne.

conseguirlo verdaderamente sean menos útiles –como veremos– los estudios comparados que tengan a naciones o Estados como unidades de comparación. Ya Lord Acton escribió que «el proceso de la Civilización exige transcender la Nacionalidad. Todo es juzgado ante más tribunales y con mayor audiencia. Se aplican métodos comparados. Influencias que son accidentales desaparecen ante las que son verdaderamente racionales»⁴⁶. R. Grew (195, 93-4) constata que los historiadores norteamericanos dedicados al estudio de las Edades Antigua y Media se muestran más interesados por la comparación que quienes toman como unidad de trabajo la nación, y que lo mismo ocurre entre los historiadores de la América Colonial y de los Estados Unidos respectivamente. W.H. Sewell (1967, 212) sostiene que «la perspectiva histórica reduce nuestros prejuicios al presentarnos sistemas de valores y visiones del mundo alternativos y dotarnos del sentido de la riqueza y la variedad de la experiencia humana». Por su parte, Raftis afirma que el método comparado es un buen instrumento para luchar contra la «arterioesclerosis» historiográfica⁴⁷.

Un segundo punto, también de gran importancia, es que la comparación (incluso la «perspectiva comparada») ayuda decisivamente a crear una conciencia de que existen alternativas (Kolchin, 1982, 64); podría decirse, enlazando con una conocida idea de Hugh Trevor-Roper (1980), que la comparación es el mejor punto de apoyo para que la imaginación histórica pueda «ver» esas alternativas y contribuya a evitar así el implícito fatalismo con que muchos historiadores afrontan los acontecimientos.

En el área de la historia de la historiografía, de las ideas y del pensamiento político, la comparación es –como con acierto ha escrito Pocock (1962, 2)– el mejor antídoto para entender a los pensadores en su contexto y no dejarse llevar demasiado fácilmente por una supuesta «fraternidad» de lenguaje e intereses que llevaría a sustituir los estudios históricos por una especie de magno diálogo a través de los siglos: «Dado que el modo de pensar del historiador, sus presupuestos, sus problemas, posiblemente incluso su lógica –afirma Pocock–, varían de tradición a tradición, de período a período y de sociedad a sociedad, debería cesar de ser un *confrère* cuyos problemas compartimos para convertirse en un fenómeno cuya localización y conducta estudiamos; y dicho estudio debe ser entendido como una rama de la historia comparada».

Pero, más aún que hablar de limitaciones y de ventajas, es necesario tratar de algunos de los problemas más discutidos siempre que se trata de la historia comparada: por ejemplo, el de las unidades de comparación.

Durante mucho tiempo, no se ha dudado –sobre todo en la práctica– de que la unidad de comparación a la hora de la historia comparada era la nación (y la nación definida por el Estado). En su discurso sobre la historia comparada que inauguró el V Congreso Internacional de Ciencias Históricas (1923), Henri Pirenne veía sobre todo en ella la fórmula para alcanzar una verdadera historia universal por encima de los prejuicios nacionales (1923).

46. Nota de Lord Acton, conservada en la Universidad de Michigan, Add. MSS 4908, y citada por Sylvia L. Thrupp en el artículo de presentación de los CSSH (octubre 1958).

47. Cfr. Raftis, 1957. El autor pone el ejemplo de cómo la historia comparada muestra que la servidumbre ha aparecido en una tan amplia variedad de países y de condiciones que las explicaciones legales (clásicas de la historiografía inglesa) son inadecuadas. La historia comparada nos dirige, en cambio, hacia el estudio de los siervos como individuos y como grupo con una vida propia.

Pero, como ha escrito recientemente Tyrrell (1991, 1033), «el fracaso de la historia comparada para transcender los límites de la historiografía nacional» impide que las cosas avancen en el sentido deseado por Pirenne⁴⁸.

Hoy hay un acuerdo general en que –puesto que la historia comparada es una historia dirigida a exponer y explicar problemas⁴⁹ –la unidad de comparación que debe ser elegida depende del problema explicativo planteado. Ello supone no ya que pueden ser más útiles como unidades de comparación las localidades, regiones o áreas transnacionales⁵⁰ que las naciones, sino también que las unidades de comparación no tienen por qué ser unidades geográficas; las comparaciones pueden hacerse entre sistemas sociales, o entre etapas cronológicas distintas de la evolución de una misma unidad⁵¹. Una condición «sine qua non» del método comparado en lingüística histórica es que cada esfuerzo de comparación incluya *todos y sólo* los fenómenos existentes dentro de un grupo relacionado entre sí: a mi modo de ver, este requisito debe ser recogido al menos en alguno de los modos de comparación histórica que hoy se practican⁵².

Otra «vexata quaestio» –probablemente la más discutida y la más decisiva de todas– es la de si la historia comparada debe hacerse a partir de fuentes primarias para todas las unidades comparadas o si basta con emplear fuentes secundarias para algunas o para todas ellas. El tipo *fuerte* de comparación es el que se suele realizar empleando tanto fuentes primarias como secundarias para conocer cada una de las unidades comparadas. Ahí

48. Además de su intervención en el Congreso de Bruselas de 1923, véase H. Pirenne, 1931, *passim*. Para el Congreso de Bruselas, véase Erdmann 1987, 97-136. No deja de ser una paradoja que Henri Pirenne clamara, en el acto de inauguración del Congreso, por elevarse por encima de los nacionalismos, cuando los historiadores belgas, organizadores del Congreso (el primero que se celebraba después de la Gran Guerra), habían excluido de él a Alemania y a Austria, entre otros países, basándose en el pretexto de su (obligada) no pertenencia a la Sociedad de Naciones.

49. Y es, además, una historia centrada en temas concretos, estudiados en dos niveles, el descriptivo y el analítico: cf. F. Redlich, 1958, 384-5.

50. El método comparado ha sido considerado especialmente interesante para los «area studies», por el conjunto de características que tales áreas tienden a tener en común y que pueden por tanto ser utilizadas como control; pero sobre este punto no todas las opiniones coinciden: cf. A. Lijphart, 1971, 688-9. Para Higham (1983, 45-6), los «area studies», desarrollados antes y después de la Segunda Guerra Mundial, estimulan las generalizaciones comparativas. En los años sesenta tienen ya un lugar en la historiografía norteamericana la historia de Persia, la de África y la historia tropical comparativa.

51. El análisis diacrónico, la comparación de una misma unidad en diferentes períodos de tiempo, generalmente ofrece una solución mejor para el problema del control de las variables que la comparación de dos o más unidades diferentes pero semejantes al mismo tiempo: cf. A. Lijphart, 1971, 689, que cita el ejemplo del estudio de Charles E. Frye sobre las relaciones empíricas entre el sistema de partidos, el sistema de grupos de interés y la estabilidad política en Alemania bajo los regímenes de la república de Wemar y de la República federal alemana (1965). Para Grew, desde su perspectiva «amplia» de la comparación histórica, se pueden considerar comparativas aquellas obras que se centran exclusivamente en casos únicos, pero que buscan integrarlos en marcos más amplios o les aplican teorías generales de la ciencia social: 1980, 775, 777; 1990, 325 y 329; véase también Kolchin, 1982, 75.

52. Entendido como «herramienta», y a la hora de definir y estudiar problemas históricos, el propio Grew (1990, 329) afirma que una comparación efectiva exige un amplio conocimiento de todos los casos, aunque la investigación con fuentes primarias se pueda limitar a una sola sociedad. Creo, además, que esta regla debería ser seguida en el segundo y en el tercero de los modos de comparación estudiados más adelante.

radica, en gran medida, su fuerza y su dificultad: la dificultad de comparación entre dos o más tradiciones, lenguajes, etc., es un obstáculo para la generalidad de los historiadores, que por otra parte no aceptan una historia comparada basada en fuentes secundarias⁵³. Como dice Braembussche (1989, 22), una importante limitación de la historia comparada en general es que usualmente se basa en fuentes secundarias y que existe una tendencia a aceptar simplemente las interpretaciones ofrecidas en dichas fuentes. Como afirma un historiador que trabaja de este modo, G. M. Fredrickson (1985, 107-8), «el principal obstáculo para una comparación sostenida de dos o más culturas es la “prima” que los historiadores dan al uso sistemático de las fuentes primarias. Es difícil, si no imposible, disponer del tiempo, las aptitudes y el conocimiento requeridos para usar con eficacia amplios conjuntos de material de archivo en más de una cultura», a no ser que el tema de la investigación esté muy estrictamente definido. Higham (1985, 113) afirma, en la misma línea, que la ampliación del campo de investigación no suele suscitar simpatías: para la gran mayoría, el localismo («parochialism») es una elección consciente, razonable y eficaz, enraizada en su vocación, carrera e identidad y facilitada por las estructuras universitarias.

Además de los problemas de la elección de las unidades de comparación y del tipo de fuentes más adecuadas para el trabajo histórico-comparativo, haremos una breve referencia al problema de la comparabilidad o de la falta de ella, una limitación importante de la historia comparada⁵⁴: un problema que puede aparecer en una forma especialmente aguda donde no hay uniformidad de tiempo (peligro de anacronismo) o de espacio. De hecho, las unidades y el nivel de comparación pueden a veces diferir tanto que podría ponerse en duda la propia razón de ser de las comparaciones (Braembussche, 1989, 12). Como recuerda Pomian, a veces se comparan los resultados de las investigaciones sin haberse asegurado previamente de que éstas eran dirigidas de modo que pudieran dar resultados comparables: éste fue, por ejemplo, uno de los principales problemas que abordó el Comité científico internacional de historia de los precios en los años treinta (1986, 104-5). No hay que olvidar, en todo caso, que la comparabilidad no es una cualidad inherente a un conjunto determinado de objetos, sino una cualidad que les confiere la perspectiva del historiador (Rustow, 1968, 65-67). En el mismo sentido escriben A. Przeworski y H. Teune (1970): «dos fenómenos sociales no tienen la propiedad de “ser comparables” o “no comparables”. La comparabilidad depende del nivel de generalidad del lenguaje que se emplea para expresar observaciones».

Pero, probablemente, el problema metodológicamente más complejo de resolver es el de cómo conseguir, en la práctica de los estudios comparados, un acertado contrapeso

53. Para Grew, 1980, 767, a veces se malinterpretan los beneficios de utilizar fuentes primarias. «En la práctica –afirma– una mejor comprensión se ve amenazada más por la falta de inteligencia del problema que por el error (...). La gran ventaja de trabajar con fuentes primarias es menos una mayor seguridad que el hecho de una acrecentada oportunidad para hacer un análisis independiente, original, que sea al mismo sensible al contexto histórico. Actual «editor» de los CSSH, Grew no deja de recordar (1990, 324) que para la fundadora de la revista, Sylvia L. Thrupp, «la comparación (...) debía de construirse sobre investigación original, documentación de archivo, ejemplos específicos y cuidadosa atención a los documentos y datos de todo tipo».

54. El concepto de «comparación inteligible» se acuñó para intentar determinar dónde concluye lo comparable y dónde comienza lo incomparable (MacKinney-Tiyakian, 1970; Valier, 1972).

de la atención a los casos y a las variables, ambos imprescindibles para la comparación. Hablamos de «casos» para referirnos a realidades singulares (acontecimientos, períodos, instituciones o procesos en países, grandes áreas, culturas, etc.) que muestran tales y tan significativos paralelismos entre sí que invitan a la comparación.

En la generalidad de las ciencias sociales, se busca comparar los casos aislando lo que se denominan «variables cruciales». Sin embargo, en la historia nos encontramos con casos demasiado complejos y factores demasiado numerosos e interconectados entre sí como para que esa tarea sea fácil e, incluso, factible. De hecho, existe una especie de principio de incertidumbre en el estudio de las sociedades humanas: cuanto más precisamente se define y aísla una única variable o factor explicativo, es más incierta la forma en que conecta con la sociedad como un todo. Por ello, para evitar tales simplificaciones o peligros, en el análisis histórico-comparativo, los casos (hasta seis tipos ha distinguido Lijphart, 1970, 691-3) son tratados como un todo pleno de sentido.

Por otro lado, uno de los objetivos principales de la comparación (histórica o sociológica) es poder hacer afirmaciones generales sobre relaciones entre casos, y para ello es necesaria la utilización de conceptos que, al nivel de los casos, están representados a través de variables observables. Conceptos y variables permean toda la discusión comparativa de los casos, por más que se reconozca su singularidad como tales. Sólo hay otra opción –que por supuesto supone rechazar cualquier posibilidad de comparación–, que es la de ver cada caso como una esencia irreductible.

Hace ya años, Alastair MacIntyre (1978) se planteaba la posibilidad del estudio comparado, en este caso de la política, en los siguientes términos. MacIntyre argumentaba que los estudiosos se enfrentaban a un obstáculo insalvable en sus esfuerzos «para proponer y verificar generalizaciones interculturales, similares a leyes, genuinas». ¿Por qué? «Debido al lazo indisoluble –afirmaba– que une a las instituciones políticas y a las culturas políticas. Debido a ello, todos los sistemas políticos deben ser considerados fundamentalmente idiosincráticos, haciendo así inalcanzable la ambición de descubrir leyes de la conducta política enteramente libres de consideraciones específicas de cada sistema».

McIntyre, sin embargo, sugería un modo de rodear el obstáculo, invitando al investigador a comenzar, no «recogiendo datos con la esperanza de formular generalizaciones», sino «buscando casos en los que la voluntad de llegar a un mismo fin fuese más o evidente en diferentes contextos culturales». Su conclusión era la siguiente: «lo que podremos lograr si estudiamos los proyectos nacidos de tales fines son dos o más historias de tales proyectos, y sólo escribiendo dichas historias seremos capaces de comparar los diferentes resultados en cada caso de dichos fines».

Como afirma Ragin (1991b, 2), históricamente el análisis comparativo tenía más que ver con «casos» que con «variables»; y los estudios de casos eran, y son, historias de casos⁵⁵. Pero una comparación excesivamente centrada en el caso tiene también sus problemas: cada caso puede parecer demasiado diferente para ser comparado con otros y la autoridad del investigador puede acabar derivando exclusivamente de un conocimiento profundo de los casos, no de la explicación de su relevancia teórica.

55. Quizá el ejemplo más brillante, entre los sociólogos históricos que manejan la comparación, sea el de R. Bendix: cf. D. Rueschemeyer, 1984.

A comienzos de los años sesenta se pusieron en funcionamiento técnicas de análisis de datos inter-nacionales («cross-national») radicalmente analíticas (Jackman, 1984; Przeworski, 1987), que inclinaban la balanza decididamente en favor de las variables. Se hacía posible, eso sí, que los investigadores estudiaran más de un puñado de casos a la vez, se formulaban con más precauciones generalizaciones empíricas porque las técnicas estadísticas permitían el rechazo de relaciones meramente hipotéticas, se hacía posible también considerar más cuidadosamente explicaciones alternativas y, en fin, se contrarrestaba la tendencia a buscar explicaciones particularistas derivada de la complejidad de los casos empíricos, ya que las relaciones causales eran entendidas como probabilísticas.

Pero el nuevo tipo de análisis estadístico-comparativo, centrado en las variables, despojaba a los casos de su identidad como fenómenos singulares y los convertía en simple materia prima para el análisis comparado. De ahí que continuase la tradición del análisis comparativo basado en el caso, mientras se desarrollaba la nueva tendencia centrada en las variables. En los últimos años, diversos autores, entre los que destaca Charles C. Ragin (1987 y 1989; Drass y Ragin, 1989) han desarrollado diversas y en muchos casos efectivas estrategias para que el fiel de la balanza entre «casos» y «variables», entre análisis comparativos cuantitativos y cualitativos, se mantenga centrado. Algunas de ellas se desarrollan en una reciente obra colectiva dirigida por Ragin (1991a): el estudio del trabajo comparativo a partir de la distinción y de la relación entre «análisis externo» y «análisis interno»; el «análisis comparado cualitativo» combinado con el de series estadísticas; la explícita incorporación a los casos de diversas variables en varios niveles, o la búsqueda de fórmulas que expliciten y optimicen el aporte teórico del estudio de casos.

Hoy ha dejado de ser verdad que los investigadores hayan de elegir entre estudiar profundamente un pequeño número de casos u optar por los análisis «inter-nacionales» cuantitativos. «La percepción de que los estudiosos deben elegir entre estrategias orientadas hacia el caso y las orientadas hacia las variables es –como dice Ragin (1991 b,7)– desafortunada (...). Las generalizaciones sólidas deben basarse en fundamentos empíricos también sólidos», y las estrategias antes citadas, y otras aún por desarrollar, podrán hacerlo posible cada vez más.

IV. CUATRO APROXIMACIONES COMPARATIVAS A LA HISTORIA

Aunque parezca pretencioso introducir nuevas taxonomías (sobre todo dada la confusión en la que desde hace décadas se encuentra todo el asunto), creo que los historiadores utilizan de hecho la aproximación comparativa al menos de cuatro maneras: en primer lugar, como una técnica útil en todos los momentos de la investigación, desde la elección de la «problemática» hasta la composición del trabajo científico emprendido⁵⁶; en segundo lugar, como un género específico de historia, en el que se comparan instituciones, procesos o instituciones entre dos o más unidades geográficas, temporales o sociales, con el fin de verificar hipótesis y, de modo más general, de obtener explicaciones definidas del fenómeno en cuestión; en tercer lugar se encuentra una variante del tipo anterior que conviene estudiar aparte por su especificidad, nacida de su ambición: la

56. Raftis (1962, 350) afirma, por ejemplo, que el método comparado no es sino una técnica de investigación.

comparación «on the grand manner», que supone estudiar procesos o instituciones en un ámbito mundial, y que ha sido sistemáticamente empleada por la sociología histórica; por último, está la aproximación comparativa entendida como uno de los más eficaces medios de escribir historia universal (de la que los historiadores no podemos prescindir).

Como se verá, no voy a tratar de los distintos tipos de comparación que, como fruto del interés de los propios especialistas en ciencias humanas y sociales, de los filósofos de la ciencia y de los lógicos, se han ido proponiendo. Desde la «lógica de la diferencia» y la «lógica de la concordancia» de J. S. Mill (1843) hasta el estudio tipológico de A. A. van den Braembussche (1989), el «método comparado alternativo» propuesto por McMichael (1990) o el «análisis cualitativo comparativo» de Ragin (1987, 1989, 1991; Drass y Ragin, 1989), sólo en los últimos años se han hecho esfuerzos importantes en esta dirección⁵⁷, y muy pocos de ellos son el fruto del estudio inductivo del tipo de comparaciones, explícitas o implícitas, que de hecho emplean los historiadores, como pretende Braembussche. La lógica de la investigación histórica está en gran parte por hacer⁵⁸, y uno de los capítulos menos desarrollados es el que ahora nos ocupa.

a) *La herramienta comparativa*

A la hora de hacerse las preguntas, de explicitar la «problemática», punto inicial de toda investigación, la utilización explícita de la comparación histórica es, como mantie-

57. Hay, en efecto, propuestas recientes e interesantes en esta línea: los tres tipos que distinguían en 1980 Skocpol y Somers; los cuatro señalados por Tilly en 1984 y la más sofisticada taxonomía del ya citado A.A. van den Braembussche, entre otras. Skocpol y Somers distinguen entre la demostración paralela de una teoría, la vía del contraste y el análisis macrocausal. Pocos años más tarde, Theda Skocpol (cf. 1984, c. 356-391) distingue tres tipos de sociología histórica: la que aplica un modelo general para explicar casos históricos, la que utiliza conceptos para desarrollar una explicación histórica plena de sentido y la que analiza regularidades causales en la historia. La comparación individualizadora (particular y singular); la universalizadora (general y singular); la inclusiva (particular y múltiple) y la generalizadora (general y múltiple), son los cuatro tipos que distingue Tilly. A partir del «método de la diferencia» y del «método de la semejanza» y de los tipos que las emplean, por un lado, y del nivel y naturaleza de la generalización que los distintos tipos asumen, A.A. van den Braembussche (1989) llega a enumerar y estudiar los rasgos de cinco tipos ideales de método histórico-comparativo: el método del contraste, el generalizador, el macrocausal, el inclusivo y el universalizador. Pero los ejemplos que emplea acaban siendo los mismos que estudió en 1984 T. Skocpol. Mientras no se estudien los cientos de obras histórico-comparativas existentes y no se llegue a una tipología más rica y «pegada al terreno», no alcanzo a comprender la utilidad práctica del estudio de las citadas tipologías para quien quiera hacer historia comparada: más o menos cercanas (o no) a algunos de estos tipos, las prácticas comparadas de cada historiador y de cada obra dependen, sobre todo, de los problemas históricos concretos que estudien y de los objetivos que se fijen.

58. El artículo de A. A. van den Braembussche sobre la comparación (1989) pretende ser una contribución a una «filosofía pragmática de la historia» (diferente de la tradicional filosofía crítica de la historia) fundada en una amplia base empírica. Aunque el fundamento empírico de este artículo concreto es muy restringido, pienso que el autor acierta continuando con ese tipo de «lógica del pensamiento histórico» que inauguró D. H. Fischer con sus famosas *Historians' Fallacies* (1970): por cierto que, tanto al tratar de las «falacias de la verificación factual» (véanse en concreto pp. 56-58) como de las «falacias de la falsa analogía» (243-259), Fischer estudia casos concretos de empleo (falaz) de la comparación en historia.

ne Grew (1980, 772; 1990, 328), la fuente más importante para la imaginación del historiador. Mirar otros casos es ver otros paisajes, ser consciente de otras posibles alternativas. La comparación es, ya desde el comienzo, el mejor medio de evitar la ceguera que nos impide que, lo que en nuestro medio parece obvio, pueda verse como un problema no resuelto. Como dice Bloch, «un documento es un testigo: como la mayor parte de los testigos, no habla más que cuando se le interroga. Lo difícil es establecer el cuestionario. Es ahí donde la comparación aporta a ese perpetuo juez de instrucción que es el historiador el socorro más precioso»; y también (en este caso refiriéndose a todo el proceso de investigación): «¿la comparación sólo muestra que hay un problema? ¡Gran servicio –escribe–, porque, ¿hay algo más peligroso en cada tipo de ciencia que la tentación de encontrarlo todo natural»? (1963, 20 y 34).

El propósito de hacerse preguntas es el de identificar problemas históricos que merecen ser investigados. En este punto, el papel de la comparación histórica explícita es el de ayudar a determinar qué elementos, dentro de una infinita variedad, deben ser incluidos en el problema o en la búsqueda de su solución. Concebido comparativamente, se puede determinar mejor cuál es el enfoque más adecuado para dicha investigación (dimensiones cronológicas, geográficas, sociales). Aunque la distinción es más de propósito que de método, aquí tiene en parte su lugar la distinción entre la comparación de similitudes y la de diferencias y también la búsqueda de categorías para el análisis⁵⁹: lo más habitual, pero también lo más peligroso, es recurrir a categorías ya establecidas; los mejores estudios comparados son los que combinan la comparación de similitudes y diferencias y crean sus propias y distintivas categorías de comparación.

Desde los más clásicos tratados sobre metodología histórica (Bernheim, Langlois-Seignobos, Bauer, Bloch) se ha puesto de manifiesto que sin la comparación no sería posible la crítica de las fuentes necesarias para contestar a las preguntas y resolver los problemas propuestos. Raftis (1962, 350) afirma que, para Bloch, las herramientas científicas de que el historiador dispone son esenciales para la explotación de las fuentes, pero que deben ser dirigidas por el método comparado. Pomian (1986, 93-94) señala que, para cada tipo de fuente histórica, existen dos tipos de historia, y en ambos juega un papel la comparación: está, por un lado, la historia de esos objetos mismos (producciones naturales, cosas, signos del lenguaje, «semióforos») y, por otra, la de esos mismos objetos que, promovidos al rango de fuentes, reconstruyen, a partir de las observaciones que de ellos se extraen, tales o cuales aspectos de la existencia de aquellas realidades de las que los objetos han dejado trazas. El primer tipo de historia no compara más que objetos visibles; el segundo compara también objetos invisibles, reconstruidos en tanto que pasados.

Como ha visto el mismo Pomian (1986, 93-98), no hay que olvidar que toda la historia de la creación de los procedimientos críticos para acercarse con fruto a la documen-

59. La comparación efectiva exige un conocimiento amplio de todos los casos. La dificultad en el uso de la comparación para plantear bien problemas históricos o para verificar hipótesis es que los casos sean lo suficientemente similares como para que sus diferencias se puedan considerar un problema, y un problema suficientemente delimitado y significativo como para merecer ser objeto de una investigación. La solución más habitual es aceptar unas categorías establecidas que permitan un común entendimiento de los términos en que se planteen en gran medida las similitudes, con el análisis posterior empleado para establecer distinciones importantes. Es un procedimiento conveniente pero peligroso, pues puede llevar al razonamiento circular y a lo que Whitehead denominaba la falacia de la «mal emplazada concreción». Véase también, a este respecto, la nota 41.

tación es una historia en la que, desde la epigrafía y la filología a la paleografía y a la diplomática, tiene una de sus principales bases en el uso sistemático de la comparación. Nunca se repetirá suficientemente que la aproximación comparada a las fuentes se encuentra en el fundamento mismo de la ciencia histórica tal y como es practicada en la Europa moderna.

La comparación es también importante para seleccionar el método y las técnicas que exige la investigación de un problema histórico. Cuando se emplea con este objeto, la comparación actúa de una doble manera: 1) lleva a la generación de nueva información del tipo que requiere el método particular elegido; 2) exige la creación de amplios bancos de datos comparables entre sí⁶⁰.

Bloch señala diversos aspectos de la utilidad de la comparación a la hora de la interpretación de los datos. El más evidente de ellos es, para él, el ayudar a «discernir las influencias ejercidas por unos grupos sobre otros»⁶¹. Especialmente interesante es la ayuda de la comparación para la interpretación de casos cuyos parecidos no implican relaciones. Según Bloch, estos casos permiten dar pasos adelante en la búsqueda de las causas, y, por ello, es aquí donde el método comparado ofrece más interés para los historiadores, conduciéndoles hacia la vía que puede llevar a las causas verdaderas y evitando seguir ciertas falsas pistas que pueden acabar en un «impasse». Un fenómeno general –afirma Bloch– tiene que tener causas generales. Por ello es necesario primero la realización de investigaciones locales preliminares y, después, la comparación de conjunto, con el consiguiente desecho de las «falsas causas»⁶².

Como casi todos los autores de nuestro siglo, y a diferencia de lo que ocurría en el anterior, Bloch cree que la comparación es también útil a la hora de la interpretación, para la determinación de la «originalidad», de las diferencias entre los casos comparados, bien porque sean completamente independientes unos de otros o porque resulten de caminos divergentes, a partir de un mismo punto de partida⁶³.

60. Estos amplios bancos de datos crean nuevas oportunidades para la comparación de ejemplos históricos vistos hasta entonces aisladamente, y, por otra parte, tienden a configurar nuevos campos de la historia. Cuando se trata de campos nuevos, el papel de la comparación es más importante: no sólo hay que establecer (como ocurrió en la «historia tradicional» durante los s. XVII-XIX) tipos de evidencia y colocar los acontecimientos históricos en una cierta escala de desarrollo (comparación externa). En los campos nuevos, la comparación funciona intrínsecamente en la medida en que es conceptual y metodológicamente central para la identificación de un conjunto de cuestiones y de información que constituyen el nuevo campo: en ese sentido, el uso de la comparación ha ayudado a formular las cuestiones, ha conducido al investigador hacia nueva documentación y (lo que quizás es más importante) ha informado la retórica del análisis histórico, con lo que la propia búsqueda histórica se convierte en el punto de partida para la estructuración del estudio.

61. Como en otros muchos momentos, Bloch [1928], 1963, 22-24, ilustra sus afirmaciones con ejemplos históricos concretos muy bien definidos: en este caso, se refiere al origen de la unción sagrada de los reyes carolingios y –teniendo en cuenta todos los factores– a la posibilidad de que proceda de la influencia visigoda.

62. Cfr. op. cit., 24-27. Como comentamos más arriba, trabajos más recientes de autores como Sewell (1967), Pomian (1986), A. A. van den Braembussche (1989) y Aymard (1990), consideran que, a pesar de su utilidad en tantos aspectos, el método comparado por sí sólo no puede llegar a la determinación de las causas de los fenómenos comparados. En uno de sus trabajos de historia agraria hace notar Bloch cómo también los lingüistas (Meillet) emplean el método comparado para mostrar la originalidad de las diferentes lenguas: cf. Walker, 1980, 163.

63. Bloch señala a continuación el peligro de las falsas similitudes y el esfuerzo de comparar dos instituciones que, en dos sociedades diferentes, parecen tener fines similares; sin embargo, un

Por último, no hay otro medio mejor para verificar las generalizaciones e hipótesis que la comparación sistemática. Este es de hecho el más importante de los pasos de la investigación en el que se emplea la comparación y también el que centra la mayor parte del interés de los historiadores. En un artículo muy conocido y también muy criticado, hace años que W. H. Sewell (1967) pretendió demostrar que, en definitiva, todos los usos que Bloch daba al método comparado se podían reducir a éste: la verificación de hipótesis⁶⁴. Desde este punto de vista cobra especial sentido la tan habitual afirmación –que encontramos no sólo en boca de historiadores, sino también de expertos en otras ciencias humanas y sociales– de que la comparación equivale a la forma de experimentación propia del investigador⁶⁵.

análisis más detenido muestra que tales fines son en realidad opuestos y que aquellas instituciones, incluso de similar denominación, han nacido de necesidades prácticamente antinómicas.

64. Para L. Walker (1980, 158-162), que examina toda la obra de Bloch a la luz de su interés por la comparación, las conclusiones de Sewell se olvidan de muchos aspectos de la utilización por el historiador francés de la aproximación comparada; concretamente: a) el método comparado como reconstrucción retrospectiva, del que aparecen muchos ejemplos en su *Apologie* y que es la base de su artículo sobre los «inventos» medievales (1935, recogido en Bloch, 1963); b) la comparación a partir de una única variable independiente, como en su estudio sobre el problema del oro en la Edad Media (1933, recogido en Bloch, 1963); c) la construcción de modelos como paso previo para la creación de un criterio que haga posible la comparación, algo que es central en su *Sociedad Feudal* (1939-1940). Bloch, interesado por un problema histórico (el feudalismo), no por la historia de un área geográfica, trata primero de reunir todo aquello que es similar hasta alcanzar los límites del agrupamiento, todas aquellas áreas en que aparezca el fenómeno que le interesa. Las similitudes se explican por la similitud de un sustrato o por una experiencia histórica común; o, dicho de forma inversa, la presencia de sustratos sociales diferentes debe explicarse por un diferente fondo histórico o por un sustrato social distinto. Estamos, en este caso, como Walker (1980, 162) reconoce, en lo que los Hill (1980) denominan el Tipo II de comparación expuesto por Bloch en su artículo de 1928.

Raftis (1962, 355-6), después de estudiar las contribuciones de Bloch a los *Annales d'histoire économique et sociale* en los años treinta, aborda desde otra perspectiva la función de la comparación en el trabajo histórico de Bloch, que tendría lugar en tres etapas: el investigador compara su área particular de trabajo con un área paralela en otra región, país o continente, o quizás en la misma área, pero en otro período de tiempo; de tal comparación surgen nuevas perspectivas y nuevas preguntas; con ellas, el investigador vuelve a las fuentes con la posibilidad de emplear más a fondo algunas de ellas. «La metodología comparada –concluye Raftis– es un ataque en tres direcciones contra los límites de las categorías, de las conclusiones y de las fuentes». También A.A. van den Braembussche (1988, 10-11) critica la simplificación de Sewell, quien a su juicio, está en la línea de Hempel, porque también él intenta reducir la diversidad a una única estructura lógica, cuando de hecho tanto los historiadores como los científicos sociales emplean varias lógicas a través de la comparación.

65. «Toda la historia –afirma Emsley (1984, IX)– es historia comparada; ya que, sin recurrir al método comparado, la relación entre lo único y lo general nunca podría ser conocida y la historia, en cuanto disciplina, sería un imposible. En síntesis, el método comparado es la aplicación de la lógica del experimento al estudio del hombre en el pasado. Como tal, ayuda planteando nuevas preguntas, definiendo los problemas históricos, separando los factores necesarios de los contingentes, aislando una variable particular, identificando estructuras generales y verificando hipótesis». También para P. Kolchin (1982, 64), «la comparación sirve como una forma primitiva de ‘experimentación’ histórica». Otra cosa son, de todos modos, las diversas formas de «cuasi experimentación» que pueden aplicarse, con técnicas muy complejas y a partir de una información mucho más amplia, generalmente formada por series cuantitativas, a las ciencias sociales: véase, por ejemplo Cook-Campbell, 1979, *passim*.

b) *Análisis histórico-comparativo intensivo de dos o más casos*

Si hay algún tipo de investigación a la que conviene el nombre de «historia comparada» y que utiliza con rigor el «método comparado», es lo que Fredrickson considera –para la historia de los Estados Unidos (1980, 458)– un «corpus» relativamente pequeño, pero significativo, de trabajo académico, que tiene *como su objetivo principal* la comparación sistemática de un proceso o institución en dos o más sociedades que, generalmente, no se identifican con las tradicionales áreas geográficas de la especialización histórica. Es lo que más arriba hemos denominado en alguna ocasión el tipo *fuerte* de comparación histórica. Y una de sus manifestaciones se acerca mucho al procedimiento de comparación que le parece a Marc Bloch que puede ofrecer resultados más interesantes⁶⁶. Es también, a mi modo de ver, el modo de comparar más adecuado para verificar o desarrollar «teorías de medio alcance», el más efectivo resultado de la comparación para Black (1966, 42), Grew (1980, 773) y Kolchin (1982, 76). Por más que sea muy difícil disponer del tiempo y de los conocimientos requeridos para manejar con rigor amplios fondos archivísticos procedentes de más de una sociedad o cultura, sólo de este modo es posible llegar a comparaciones sostenidas y firmes.

En la historia de los Estados Unidos los campos más cultivados en esta línea son los estudios comparativos de la colonización y de la frontera, los referidos a la esclavitud y las relaciones raciales, los que tratan del pluralismo étnico y el prendido carácter «excepcional» de la historia norteamericana. Aunque algunos campos iniciados hace ya años no han seguido adelante –el «liberalismo transatlántico» propuesto por R. Kelley, por ejemplo (1969)–, en las últimas dos décadas se han incrementado mucho los campos en que se hace historia comparada de este tipo: los movimientos obreros, la política social del estado, la policía y la seguridad pública, la mujer y los roles sexuales, etc.⁶⁷. Historiadores o sociólogos, norteamericanos, europeos o académicos de otro origen, han abordado también de forma comparada algunas de las cuestiones más debatidas en las

66. Cfr. M. Bloch [1928], 1963, 19, quien habla del «estudio paralelo de sociedades a la vez vecinas y contemporáneas, influidas sin cesar las unas por las otras, sometidas en su desarrollo –en razón precisamente de su proximidad y de su sincronía– a la acción de las mismas grandes causas y que, remontándose en el pasado, tienen, al menos en parte, un origen común. Como dice el propio Bloch, este procedimiento comparativo sería –con todas las limitaciones que la complejidad de la historia impone– el equivalente a la lingüística histórica (equivalencia que acepta Walker, 1980, 162). Este sería el tipo II de método comparativo en Bloch del que hablan los Hill (1980) en un artículo especialmente polémico. La definición que Bloch hace (cf. p. 17) de la comparación encaja perfectamente con este modo específico de comparar.

67. Dos buenos estados de la cuestión son los de G.M. Fredrickson, 1980, y P. Kolchin, 1982. No se olvide, por otra parte, que los principales estudios de sociología histórica –que van mucho más allá de la historia estadounidense– proceden en su mayor parte de los Estados Unidos (cf. Skocpol, 1984a). La primera verificación comparativa del «excepcionalismo» norteamericano se debe a Louis Hartz (quien criticaba el exceso de aislamiento de la historiografía U.S.A. con la expresión «la doctrina Monroe de la historiografía norteamericana»): véase Hartz, 1953, 1962-3 y 1964. Revisiones de sus propuestas y de las críticas que suscitaron, en Varios, 1962-3 e I. Tyrrell, 1991. Higham (1983, 223-4) considera que la aproximación comparativa de «historiadores del consenso» como Hartz y Boorstin quedó, desafortunadamente, limitada a mostrar contrastes entre Europa y América. Para la obra de Hartz, véase también G. M. Fredrickson, 1980, 464-5.

ciencias humanas y sociales, como por ejemplo el feudalismo, los procesos de modernización o las revoluciones⁶⁸.

La gran ventaja de este tipo de historia comparada es que se pueden obtener muy importantes resultados de una comparación explícita en la que se advierten parecidos y diferencias sin caer en ninguna de las falacias o debilidades de quien compara a través sólo de fuentes secundarias. En este último caso, como normalmente las fuentes primarias para el estudio de un fenómeno cualquiera en un país no son exactamente las mismas a la del otro u otros, puede «compararse lo incomparable» sin que el historiador lo llegue a apreciar; tampoco el cuestionario es exactamente el mismo y lo mismo puede ocurrir con la conceptualización o metodología de las monografías en las que se basa la comparación.

En relación con este tipo *fuerte* de comparación, una forma de aproximación comparativa que es cada vez más frecuente –y habitualmente muy deficiente– es la de las obras colectivas en que diversos autores tratan del mismo fenómeno en diversos espacios geográficos o políticos (cf. Kolchin, 1982, 75). En estos casos estamos más bien ante proce-

68. Historiadores de los más diversos países han llevado a cabo esfuerzos comparativos, en el contexto de amplios debates teóricos y metodológicos, en temas como el feudalismo. Fue Coulborn (1956) el primero en ofrecer un estudio sistemáticamente comparativo de un feudalismo que para E.A.R. Brown (1974) es un forzado «constructo» artificial. Desde el punto de vista de los estudios comparados, no puede olvidarse el estudio del feudalismo europeo de Marc Bloch (uno de los blancos de la crítica de Brown) y su conocida referencia comparativa al «feudalismo» japonés. Téngase, además, en cuenta el muy diferente significado que la historiografía marxista asigna al término y, consiguientemente, la multitud de estudios sobre «la transición del feudalismo al capitalismo» en cualquier región del globo: véase, para Iberoamérica, por ejemplo, el polémico ensayo de R. Romano, 1984.

Otro caso es el del estudio comparativo de los procesos de modernización, estudiados de modo tan diverso por C. E. Black (1966), S. N. Eisenstadt (1966, 1970, 1973, 1978), B. Moore (1966) o I. Wallerstein (véase nota 72). Breves estados de la cuestión en G.M. Fredrickson, 1980, 459-462, y P. Kolchin, 1982, 75-76. Véanse, además, los artículos publicados en los CSSH en abril de 1978 sobre la modernización desde una perspectiva comparada, y el ya citado libro de T. Skocpol, 1984a. Las críticas a los puntos de vista de Black y Wallerstein han sido las más duras, pero no han faltado tampoco las dirigidas con cierto fundamento al muy respetado libro de B. Moore (por ejemplo, D. Lowenthal, 1968; L. Stone [1967], 1987, 154-165, quien lo considera «a flawed masterpiece»; pero véase J. W. Wiener, 1976, y su conclusión de que una lectura de los críticos de Moore sugiere que la tesis de Moore se mantiene en pie. Quizá los más interesados por su obra son en ocasiones quienes más daño la hacen con sus evaluaciones: la afirmación de Skocpol, 1984b, 17-19, por ejemplo, de que «el espíritu y el método del trabajo histórico» de dos «sociólogos históricos» como Marc Bloch y Barrington Moore están especialmente cerca el uno del otro, muestra que la «imaginación histórica» de los sociólogos, tan inteligentemente defendida por C. Wright Mills en 1959, a veces tiene accesos de calentura).

Otro «tema-estrella», en fin (tan antiguo como el mismo fenómeno estudiado y que encontró en Crane Brinton, a las alturas de 1938, a uno de sus primeros clásicos, y en H. Arendt en 1963 quizás al más importante de ellos), es la comparación entre los grandes procesos revolucionarios. Como afirman los «editores» de los CSSH (28, 1986, 383), «ninguna categoría de comparación social ha sido más sistemáticamente explorada que la revolución»: de ahí que lo más sabio sea, en este punto, referirse sólo a algunos «estados de la cuestión» que no forzosamente serán considerados por todos como los más interesantes: entre ellos los de I. Kramnick, 1972; F. Gilbert, 1973; P. Zagorin, 1973; W.E. Lipsky, 1976; Hermassi, Zagorin y Skocpol, en los CSSH, 18, 1976; K. H. Bender, 1977; J.M. Himmelstein-M.S. Kimmel, 1981; R. Koselleck *et al.* 1984; H. Ritter, 1986, 388-393, y J. M. Gates, 1986.

sos presentados paralelamente, sin que se proceda propiamente a una comparación sistemática, que se escamotea al lector y suele ser sustituida por una introducción o un ensayo conclusivo más o menos inteligente, pero generalmente limitado a la enumeración de aquellos contrastes o similitudes que más rápidamente saltan a la vista⁶⁹. Otro es el resultado –pero no son muchos los casos de este género que conozco– cuando esas obras son fruto de un verdadero trabajo que se desarrolla en equipo desde el principio, para el que se fijan unos mismos criterios de actuación en cada uno de los momentos y de las facetas de la investigación y que, por todo ello, pueden al final ofrecer una verdadera comparación sistemática basada en fuentes primarias.

c) *La comparación de «grandes estructuras» y «procesos amplios»*⁷⁰

La recuperación, después del eclipse (Skocpol, 1984b, 2-4) que siguió a la obra de los fundadores (Marx, Tocqueville, Durkheim, Weber) de la sociología histórica, ha puesto la llamada por muchos comparación «on the grand manner» en el candelero: a mi modo de ver, el conocido libro de T. Skocpol⁷¹, al reunir ensayos sobre algunos de los más famosos (y diferentes entre sí) autores que pueden encajar en esta línea, ha jugado un papel esencial en esta moda intelectual.

Personalmente soy muy escéptico, no respecto a la *posibilidad* de este tipo de comparaciones, sino al *valor* de sus resultados. Es cierto que puede existir en este juicio mío un prejuicio corporativo: como dice Fredrickson (1985, 108), la historia «macrocomparativa» exige basarse en fuentes secundarias; pero el investigador basado solamente en fuentes secundarias es sospechoso para la mayoría de los historiadores, excepto cuando su obra se presenta como una síntesis que incorpora trabajo anterior «primario» del mismo autor. El resultado de este «prejuicio corporativo» –afirma el citado autor–, es que la historia comparada «macroscópica» es generalmente practicada por sociólogos, politólogos o antropólogos. «Para bien o para mal, la generalización y teorización sobre la base de datos recogidos por otros tiene más legitimidad en dichas disciplinas que en la historia», concluye Fredrickson.

69. Uno de los rasgos más característicos de la historiografía de nuestro siglo es la creciente conciencia por parte del historiador del papel que él mismo juega en la formación del objeto histórico. Pues bien, si ese objeto ha sido «construido» de manera diferente para ámbitos diferentes, difícilmente podrán compararse de manera rigurosa los resultados. En este caso, como cuando se comparaba solamente a través de fuentes secundarias, el problema de la comparabilidad se plantearía en unos términos muy difíciles de resolver (o bien la «comparación» se queda en una simple yuxtaposición de trabajos, sin otras pretensiones).

70. Cfr. Ch. Tilly, 1984.

71. Cfr. T. Skocpol, 1984a. Son interesantes los comentarios que sobre este libro y el coordinado por O. Zunz (1984) relativo a la historia social, publicaron en *Social Science History*, 11 (1987), M. A. Schwartz, L. L. Cornell, W.G. Roy, T. Skocpol (quien comenta muy favorablemente la obra dirigida por O. Zunz) y O. Zunz (el más crítico respecto al libro coordinado por Skocpol). En nuestro país, S. Juliá, 1989, recoge, entre otros muchos, de forma sintética y crítica, los planteamientos que llenan las páginas de los libros coordinados por Skocpol y Zunz. Philip Abrams (1982) había ya planteado los principales problemas de la sociología histórica, tomando en buena parte como ejemplos las mismas obras y autores que Skocpol, aunque organizando su estudio de forma analítica: para una paradójica presentación de la comparación en sociología histórica, véanse pp. 154-162 de este libro.

Algo similar apunta otro de los cultivadores del tipo *fuerte* de comparación (el análisis sistemático de procesos o de instituciones en dos o más sociedades). Para Peter Kolchin (1982, 75), es significativo que los cultivadores de la sociología histórica comparada se hayan basado en fuentes secundarias selectas más que en un análisis intensivo de las fuentes primarias; en la teoría o en la taxonomía más que en la evidencia histórica directa. De ahí –pone por ejemplo Kolchin (1982, 75-76)– el desacuerdo de los especialistas estadounidenses (S.P. Huntington, L. Benson, R.D. Brown, C.E. Black, W.W. Rostow, B. Moore) sobre la naturaleza del proceso de modernización: «Las mejores de dichas obras, como la de Moore, son intelectualmente excitantes –afirma Kolchin–, pero deben ser vistas más como meras especulaciones sobre la historia que como obras rigurosas de historia comparada».

De hecho, la selección realizada por Skocpol y tantas veces repetida es muy arbitraria. Hay muy poco en común –por dar algún ejemplo– entre las obras de Marc Bloch y E.P. Thompson, por un lado, y las de Eisenstadt, Polanyi o Perry Anderson, por otro. No puedo imaginar una persona menos de acuerdo que el propio Marc Bloch con las siguientes palabras del «sociólogo histórico» que examina «su caso», Daniel Chirot, un autor muy respetado por sus colegas: «A finales del siglo XX, los sociólogos que escriben historias no necesitan ser advertidos de los errores propios de la vieja historia. Nuestro capital es la amplia generalización comparativa, no la pedante atención al detalle y el miedo a conclusiones infundadamente amplias» (1984, 36-7). ¿Cómo encuadrar en el mismo tipo de investigación al historiador al mismo tiempo imaginativo y riguroso que era Marc Bloch con nuevos «filósofos de la historia» como Immanuel Wallerstein?⁷²

d) *La aproximación comparativa a la historia universal*

A primera vista, puede pensarse que entre este tipo y el anterior no hay diferencias: las hay. De momento me limito a constatar que, a diferencia de la sociología histórica, la historia universal no puede ser únicamente el fruto del estudio del comportamiento colectivo de los hombres y que, por tanto, no se puede escribir únicamente desde la perspectiva sociológica.

Una breve nota de Bosquet se limitaba a afirmar que las aproximaciones comparativas favorecen este espíritu de síntesis (1958); pero ese mismo año, el importante artículo de Redlich ya citado, al hablar de «los objetivos de la historia comparada», comenzaba diciendo: «El uso de la comparación en la investigación histórica puede ser equivalente

72. Véase el último número de *Review*, 15, n. 4 (otoño 1992) que, bajo el título general de «Dos Visiones de la Historia Universal», recoge –y ése es todo el contenido– dos amplísimos ensayos: el primero del mismo Wallerstein (1992, b); y el segundo debido a B.G. Gills y a A.G. Frank (1992). Mientras Wallerstein continúa con su empresa (cf. I. Wallerstein, 1990, a y b, 1992a; I. Wallerstein-W.W. Wagar, 1989; E. Balibar-I. Wallerstein, 1991), rodeado por un pequeño grupo de fieles discípulos que estudian los «sistemas mundiales» desde la Prehistoria hasta nuestros días (C. Chase-Dunn, 1988 y 1992; J. Friedman, 1992; W. Goldfrank, 1990), cada vez son más los historiadores y sociólogos muy reticentes respecto al conjunto de tal empresa intelectual, cuyos postulados teóricos son muy frágiles, como es mucha la distancia entre los resultados de la investigación histórica «positiva» y las interpretaciones de la «escuela de Wallerstein»: cf. T. Skocpol, 1977; C. Ragin-D. Chirot, 1984; T.D. Hall, 1986.

a la síntesis. La historia comparada como herramienta para la síntesis –seguía afirmando– promete atraer a una amplia mayoría de historiadores tanto historicistas como positivistas, porque se mantiene en los límites del método histórico establecido (...). La comparación puede ser empleada tanto para subrayar la unicidad del proceso histórico (atractivo para los historicistas) como para buscar rasgos comunes en los únicos acontecimientos y secuencias históricas (en la línea positivista). En realidad concluye–, la comparación en historia cubre un “terreno medio” entre el excesivo énfasis bien en la unicidad bien la generalización sociológica, que por necesidad se mantiene en el reino de las formas: [la comparación] puede sintetizar la esencia de la historia» (1958, 378-9). Por otra parte –y esta observación es compartida por la mayor parte de los autores–, el deseo de comparar sociedades descansa, en buena parte, en el presupuesto de una cierta universalidad de la condición humana, en la convicción de que podemos aprender comparando la conducta humana en contextos similares o diferentes (Grew, 1981, 767).

Podría definirse la empresa de Toynbee, desahuciado por los historiadores profesionales y cuyo método de trabajo conocemos hoy mucho mejor a través de McNeill (1989), como una historia comparada de las civilizaciones. Pues bien, entre quienes en las últimas décadas han definido así lo que podría ser la mejor forma de escribir la historia universal, están historiadores tan poco discutidos como son Fernand Braudel, Jacques Le Goff o Marc Bloch⁷³; porque –siguiendo en este caso la afortunada expresión de Paul Veyne– sólo con tal ambición seremos capaces de hacer el «inventario de las diferencias» de la humanidad.

Ahora bien, una empresa así –que podría servirse de distintas realidades (la más cercana en cada caso a la vida de cada momento histórico) como de unidades de comparación– sólo se puede hacer a partir de fuentes secundarias y en equipo: como dice Grew (1990, 767), ello no podrá asegurar una Historia Universal duradera, pero al menos no abdicaremos del intento de escribir de escribir y reescribir continuamente– la Historia Universal, que, entre otras cosas, constituye el mejor medio para contextualizar cualquier «hecho» o proceso histórico: a pesar de los decadentes escepticismos posmodernos, siguen siendo ciertas las afirmaciones de Leopold von Ranke: («únicamente desde la perspectiva de la historia universal se puede escribir historia») y de Marc Bloch («la

73. Cfr. Varios autores, 1986, 162-3 y 221-2; y J. Le Goff, 1987, 200, 221. Para la historia comparada en Braudel, cfr. T. Stoianovich, 1976, 125-127, y F. Dosse, 1987, 107-8. De los dos tipos de procedimiento comparativo de los que Bloch habla en su artículo de 1928, él considera más fructífero, como hemos visto más arriba, lo que los Hill (1980) denominan el tipo II, cuyo objetivo final sería «una historia comparada de las sociedades europeas». Pero Bloch en ningún momento desautoriza el «tipo I», es decir, el estudio comparado de cualquier realidad basado en informaciones provenientes de todos los rincones del universo y, por tanto, de sociedades sin ninguna relación entre sí. Este tipo de comparación («cuyo postulado, al mismo tiempo que la conclusión a la que vuelve vez tras vez, es la unidad fundamental del espíritu humano») tendría, entre otras, las siguientes ventajas: la comparación nos restituye esa sensación de la diferencia, del exotismo, que es la condición indispensable de cualquier entendimiento adecuado del pasado; a través de hipótesis fundadas en la analogía pueden rellenarse algunos huecos de la documentación; se pueden abrir nuevas vías de investigación, sugeridas por la comparación; y, en fin, se encontrará la explicación de muchas supervivencias (una referencia al «método de los residuos» de Mill) ininteligibles hasta ahora». Como apunta el propio Bloch, op. cit., 19, este tipo de comparación histórica estaría en la línea de lo que es la lingüística universal, equivalencia que también hace Walker, 1980, 162.

única historia verdadera, que no se puede hacer más que en equipo, es la historia universal»). ¿Podría tener un objetivo más ambicioso, y al mismo tiempo más genuino, la aproximación comparada a la historia?

* * * *

Al concluir estas páginas, no parece difícil contestar a la pregunta implícita en su título; y no ya porque, como es natural, la respuesta a dicha pregunta acaba siendo algo personal e intransferible, sino porque el desarrollo mismo del argumento –al menos, así lo espero– ha aclarado considerablemente la posible confusión inicial.

En todas o en algunas de sus partes, la comparación es una herramienta que todo historiador emplea. Por su parte, la sociología histórica, en la medida en que –como sostiene Santos Juliá (1989, 82-84)–, por muy cerca que esté de la historia social, se diferencia de ella al menos «por sus prácticas de investigación», y no parece que exista ninguna razón de peso para acabar con dicha forma de «división del trabajo» entre historiadores y sociólogos, es una disciplina que deberemos tener siempre presente, sin que nos corresponda a nosotros desarrollarla. Relativamente cerca de ella, pero en el campo de las ciencias históricas, estaría un modo de entender la aproximación comparada que nos podría acercar a esa necesaria reescritura de la historia universal, destino final de una tarea de síntesis que, para muchos (Rabb, 1981; Bailyn, 1982; Burke, 1991, 18-20), constituye el principal reto de la historiografía hoy.

Con todo, la historia comparada *par excellence* (la historia comparada sin comillas) es ese tipo *fuerte* de comparación histórica, esa comparación sistemática de eventos, procesos o instituciones en dos o más unidades geográficas, temporales o sociales, con el fin de verificar hipótesis o de obtener explicaciones del fenómeno en cuestión. A pesar de su dificultad, los resultados obtenidos hasta ahora –especialmente en los Estados Unidos– pueden considerarse muy satisfactorios, y ese mismo balance puede llevar a la constitución como subdisciplina de la historia comparada, una posibilidad que hoy por hoy no se ha materializado. Ello no quiere decir, desde luego, que no sea bienvenida cualquier tipo de «perspectiva comparada» (Sewell, 1967), de utilización de analogías para iluminar situaciones separadas en el espacio y en el tiempo (Woodward, 1968) o de publicación de «readers» comparativos basados en fuentes secundarias.

ABREVIATURAS EMPLEADAS

AESC	<i>Annales. Économies, sociétés, civilisations.</i>
AHR	<i>American Historical Review.</i>
ASR	<i>American Sociological Review.</i>
CSSH	<i>Comparative Studies in Society and History.</i>
CVP	<i>Cahiers Vilfredo Pareto.</i>
HT	<i>History and Theory.</i>
JIMH	<i>Journal of Interdisciplinary History.</i>
SSH	<i>Social Science History.</i>

BIBLIOGRAFÍA

- ABRAMS, P. (1982). *Historical Sociology*, Shepton Mallet, Open Books.
- ALEXANDER, T. et al. (1980). «AHR Forum: Antebellum North and South in Comparative Perspective: A Discussion», AHR 85, 1150-1166.
- ALLEGRA, L.; TORRE, A. (1977). *La nascita della storia sociale in Francia dalla Comune alle Annales*, Turin, Einaudi.
- AMIN, S. (1991). «The Ancient World-Systems Versus the Modern Capitalist World-System», *Review*, 14, 349-385.
- ANDREWS, CH. MC L. (1893). «Some Recent Aspects of Institutional Study», *Yale Review*, I, 381-410.
- Annales du I^{er} Congrès International d'Histoire Comparée, Paris, 1900*, 2 vols. Nendeln (Liechtenstein), 1972.
- APTER, D. E. (1971). «Radicalization and Embourgeoisement: Some Hypotheses for a Comparative Study of History», *JIH*, 1, 265-303.
- ARCANGELI, B.-PLATANIA, M. (1981). *Metodo storico e scienze social: La «Revue de Synthèse Historique» (1900-1930)*, Roma, Bulzoni, Ed.
- ARENDT, H. (1988): *Sobre la revolución [1963]*, Madrid, Alianza Ed.
- AYMARD, M. (1990). «Histoire et comparaison». En H. ATSMAN-A. BURGIÈRE, eds. *Marc Bloch aujourd'hui. Histoire comparée et sciences sociales* (Paris, EHESS), 271-278.
- BAILYN, B. (1982). «The Challenge of Modern Historiography», AHR, 87, 1-24.
- BALIBAR, E.-WALLERSTEIN, I. (1991). *Race, nation, class: ambiguous identities*, Londres, Verso.
- BARRACLOUGH, G. (1957). *History in a Changing World*, Oxford, Basil Blackwell.
- BARRACLOUGH, G. (1981). «Historia». EN J. HAVET, dir., *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales* (Madrid, Tecnos-Unesco), 2, 293-567.
- BAUER, W. (1957). *Introducción al estudio de la Historia*, 3^a ed., Barcelona, Bosch, Traducido de la 2^a ed. alemana.
- BEER, S. H. (1963-64). «Causal Explanation and Imaginative Re-Enactment», HT, 3, 6-29.
- BELLAH, R. N. (1959). «Durkheim and History», ASR, 24, 447-461.
- BENDER, K.-H. (1977). *Revolution: Die Entstehung des politischen Revolutionsbegriffes in Frankreich zwischen Mittelalter und Aufklärung*, Munich.
- BENSON, L. (1972). «Explanations of American Civil War Causation: A Critical Assessment and a Modest Proposal to Reorient and Reorganize the Social Sciences», en su *Toward the Scientific Study of History. Selected Essays* (Filadelfia, J. B. Lippincott), 225-340.
- BERNHEIM, E. (1937). *Lehrbuch der historischen Methode*, Leipzig, 1879. Hay traducción española de la 3^a ed. alemana, Barcelona, Labor.
- BERR, H. (1961). *La Síntesis en Historia. Su relación con la síntesis general [1911]*, México UTEHA.
- BLACK C. E. (1966). *The Dynamics of Modernization: A Study in Comparative History*, Nueva York, Harper and Row.
- BLOCH, M. (1939-1940). *La société féodale*, 2 vols., Paris, A. Michel.
- BLOCH, M. (1963). «Le problème de l'or au Moyen Age» [1933] en sus *Mélanges historiques* (Paris, S.E.V.P.E.N.), 839-867.

- BLOCH, M. (1963). «Les 'inventions' médiévales» [1935], en sus *Mélanges historiques* (Paris, S.E.V.P.E.N.), 822-835.
- BLOCH, M. (1963). «Pour une histoire comparée des sociétés européennes» [1928], recogido en sus *Mélanges historiques* (Paris, S.E.V.P.E.N.), 16-40.
- BLOCH, M. (1963). «Un problème d'histoire comparée: La ministérialité en France et en Allemagne» [1928b], en sus *Mélanges historiques* (Paris, S.E.V.P.E.N.), 503-528.
- BLOCH, M. (1964). *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, 5ª ed., Paris, Armand Colin.
- BOSQUET, J. (1958). «An inquiry into the organization of social research», *CSSH*, I, 100-102.
- BOUVIER, J. (1974). «Feu François Simiand», en *Conjoncture économique et structures sociales. Hommage à Ernest Labrousse* (Paris, Mouton), 59-78.
- BOWMAN, S. D. (1980). «Antebellum Planters and Vormärz Junkers in Comparative Perspective», *AHR*, 85, 779-808.
- BRAEMBUSSCHE, A. A. van den (1989). «Historical Explanation and Comparative Method: Towards a Theory of the History of Society», *HT*, 28, 1-24.
- BRINTON, C. (1958). *Anatomía de la Revolución* [1938], Madrid, Aguilar.
- BROWN, E. A. R. (1974). «The Tyranny of a Construct: Feudalism and Historians», *AHR*, 79, 1063-1088.
- BURKE, P. (1991). «Overture: the New History, its Past and Future». En P. BURKE, ed., *New Perspectives in Historical Writing* (Cambridge, Polity Press), 1-23.
- BURROW, J. W. (1966). *Evolution and society: A study in Victorian social theory*, Cambridge.
- BURROW, J. W. (1981). *A Liberal Descent*, Cambridge.
- BUSINO, G. (1986). «Pour une 'autre' théorie de la comparaison», *CVP*, XXIV, nº 72, 209-216.
- CARBONELL, CH.-OLIVET, G. eds. (1983). *Au berceau des Annales. Le milieu strasbourgeois. L'histoire en France au début du XX^e siècle*, Toulouse, Presses de l'Institut d'Etudes Politiques de Toulouse.
- CHASE-DUNN, CH. (1992). «The Comparative Study of World-Systems», *Review*, 15, 313-333.
- CHASE-DUNN, CH. (1988). «Comparing World Systems: Towards a Theory of Semiperipheral Development», *Comparative Civilizations Review*, XIX (Primavera 1988) 39-66.
- CHIROT, D. (1984). «The Social and Historical Landscape of Marc Bloch». En T. SKOCPOL, ed., *Vision and Method in Historical Sociology* (Cambridge, Cambridge University Press), 22-46.
- CLARK, T. N. (1973). *Prophets and Patrons: The French University and the Emergence of Social Sciences*, Cambridge (Mass.) Harvard University Press.
- COOK, T.-CAMPBELL, R. (1979). *Quasi-Experimentation: Design and Analysis Issues for Field Settings*, Boston, Houghton Mifflin.
- CORNELL, L. L. (1987). «Reproduction, Production, Social Science, and the Past», *SSH*, 11, 43-52.
- COULBONR, R. (1956). *Feudalism in History*, Princeton, Princeton University Press.
- CRAIG, J. E. (1981). «Die Durkheim Schule und die Annales». En LEPENIES, WOLF, ed., *Geschichte der Soziologie*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, t. 3, pp. 298-322.
- DE MAURO, T. ed. (1990). *Leibniz, Humboldt and the Origins of Comparativism*, Filadelfia, John Benjamins.

- DHONDT, J. (1966). «Henri Pirenne, historien des institutions urbaines», *Annali della Fondazione Italiana per la Storia Administrativa*, III, 81-129.
- DIDERICHSEN, P. «The Foundation of Comparative Linguistic: Revolution or Continuation? En DELL HYMES, ed., *Studies in the History of Linguistics. Traditions and Paradigms* (Bloomington-Londres, Indiana University Press), 277-306.
- DOSSE, F. (1987). *L'histoire en miettes*, Paris, La Découverte.
- DRASS, K.-RAFIN, CH. C. (1989). *Qualitative Comparative Analysis*, Evanston, Northwestern University.
- DUMOULIN, D. (1986). «Histoire comparée». A. BURGUIEE, dir., *Dictionnaire des sciences historiques* (Paris, P.U.F.), 151-2.
- DURKHEIM, E. (1974). *Las reglas del método sociológico* [1895], Madrid, Eds. Morata.
- EARLE, C.-HOFFMAN, R. (1980). «The Foundation of the Modern Economy: Agriculture and the Cost of Labor in the United States and England, 1800-61», *AHR*, 85, 1055-1094.
- EASTERBROOK, W. T. (1957). «Long-Period Comparative Study: Some Historical Cases», *Journal of Economic History*, 17, 571-595.
- ECKSTEIN, H. (1963). «A Perspective on Comparative Politics, Past and Present». En H. ECKSTEIN-D. E. APTER, eds. *Comparative Politics: A Reader* (Nueva York, Free Press of Glencoe), 3-32.
- EISENSTADT, S. N. (1966). *Modernization, Protest and Change*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall.
- EISENSTADT, S. N. (1970). *Ensayos sobre el cambio social y la modernización*, Madrid, Tecnos.
- EISENSTADT, S. N. (1973). *Tradition, Change, and Modernity*, Nueva York, Wiley.
- EISENSTADT, S. N. (1975). «Instituciones sociales: estudio comparado». En D. SHILS, ed., *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales* (Madrid, Aguilar), 6, 95-101.
- EISENSTADT, S. N. (1978). *Revolution and the Transformation of Societies*, Nueva York, The Free Press.
- EMSLEY, C. ed. (1984). *Essays in Comparative History. Economy, Politics and Society in Britain and America 1850-1920*, Milton Keynes, Open University Press.
- ERDMANN, K. D. (1987). *Die Ökumene der Historiker. Geschichte der Internationalen Historikerkongresse und der Comité International des Sciences Historiques*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht.
- EVANS-PRITCHARD, E. E. (1971). «El método comparativo en la antropología social», en su *La mujer en las sociedades primitivas* (Barcelona, Península), 11-34.
- FEBVRE, L. (1952). «De la Revue de Synthèse Historique aux Annales», *AESC*, 7, 289-292.
- FEBVRE, L. (1965). «Deux Philosophies Opportunistes de l'Histoire. De Spengler a Toynbee» [1934] en sus *Combats pour l'Histoire* (2ª ed., Paris, Armand Colin), 119-143.
- FISCHER, D. H. (1970). *Historians' Fallacies. Toward a Logic of Historical Thought*, Nueva York, Harper and Row.
- FREDRICKSON, G. M. (1980). «Comparative History». En M. KAMMEN, ed., *The Past Before Us: Contemporary Historical Writing in the United States* (Ithaca-Londres, Cornell University Press, 1980), 457-473.
- FREDRICKSON (sic), G. M. (1985). «Giving a Comparative Dimension to American History: Problems and Opportunities», *JIH*, 16, 107-110.

- FREDRICKSON, G. M. (1981). *White Supremacy: A Comparative Study in American and South African History*, Nueva York.
- FRIEDMAN, J. (1992). «General Historical and Culturally Specific Properties of Global Systems», *Review*, 15, 335-372.
- FRYE, CH. E. (1965). «Parties and Pressure Groups in Weimar and Bonn», *World Politics*, 17 (julio 1965), 635-655.
- GATES, J. M. (1986). «Toward a History of Revolution», *CSSH*, 28, pp. 535-544.
- GEMELLI, G. (1977-8). «Tra due crisi: la formazione del metodo delle scienze storico sociali nella Francia repubblicana», *Atti della Accademia delle scienze dell'Istituto di Bologna*, LXVI, 165-236.
- GERBI, A. (1975). *La natura delle Indie nuove. Da Cristoforo Colombo a Gonzalo Fernández de Oviedo*, Milán-Nápoles, Ricciardi.
- GERBI, A. (1983). *La disputa del nuovo mondo. Storia di una polemica: 1750-1990*, Milán-Nápoles, Ricciardi.
- GILBERT, F. (1973). «Revolution». En P. P. WINER, dir. *Dictionary of the History of Ideas* (Nueva York, Charles Scribner's Sons), 4, 152-167.
- GILLS, B. G.-FRANK, A. G. (1992). «World System Cycles, Crises, and Hegemonical Shifts, 1.700 B.C. to 1.700 A.D.», *Review*, 15, 621-687.
- GOLDFRANK, W. (1990). «Current Issues in the World-Systems Theory», *Review*, 13, 251-254.
- GOOCH, G. P. (1952). *History and Historians in the Nineteenth Century*, 2ª ed. Londres, Longmans. La primera edición es de 1913.
- GREEN, G. (1977). «Commentaire des deux exposés précédents». En R. ANDREANO (dir.), *La nouvelle histoire économique* (Paris, Gallimard; ed. USA, 1970), 227-235.
- GREEN, N. L. (1990). «L'histoire comparative et le champs des études migratoires», *AESC*, 45, 1335-1345.
- GREEN, N. L. (1991). «L'immigration en France et aux États-Unis. Historiographie comparée», *Vingtième Siècle*, 29 (enero-marzo 1991), 67-82.
- GREW, R. (1980). «The Case for Comparing Histories», *AHR*, 85, 763-778.
- GREW, R. (1985). «The Comparative Weakness of American History», *JIH*, 16, 87-101.
- GREW, R. (1990). «On the Current State of Comparative Studies». En H. ATSMAN-A. BURGUIERE, eds., *Marc Bloch aujourd'hui. Histoire comparée et sciences sociales* (Paris, EHESS), 323-334.
- GRISS, P. (1987). *Das Gedankenbild Karl Lamprechts. Historisches Verhalten im Modernisierungsprozeß der 'Belle Epoque'*, Berna, Peter Lang.
- GUSDORF, G. (1966-). *Les sciences humaines et la pensée occidentale*, Paris, Payot.
- HALL, T. D. (1986). «Incorporation into the World-System: Toward a Critique», *ASR*, 51, 390-402.
- HARTZ, L. (1955). *The Liberal Tradition in America: An Interpretation of American Political Thought Since the Revolution*, Nueva York.
- HARTZ, L. (1962-3). «American Historiography and Comparative Analysis: Further Reflexions», *CSSH*, 5, 365-377.
- HARTZ, L. ed. (1964). *The Founding of New Societies: Studies in the History of the United States, Latin America, South Africa, Canada and Australia*, Nueva York, Harcourt, Brace & World.

- HIGHAM, J. (1983). *History. Professional Scholarship in America*, 3ª ed., Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- HIGHAM, J. (1985). «Paleface and Redskin in American Historiography: A Comment», *JIH*, 16, 111-116.
- HILL, A. O.-HILL, B. H. J., Jr. et al. (1980). «*AHR Forum*, Marc Bloch and Comparative History», *AHR*, 85, 828-857.
- HIMMELSTEIN, J. M.-KIMMEL, M. S. (1981). «The Implications and Limits of Skocpol's Structural Model», *American Journal of Sociology*, 86, 1145-1154.
- HOCK, H. H. (1991). *Principles of Historical Linguistics*, 2ª ed. revisada y puesta al día, Berlín-Nueva York.
- HOENIGSWALD, H. M. (1965). *Language Change and Linguistic Reconstruction*, Chicago, The University of Chicago Press.
- HOENIGSWALD, H. M. (1974). «Fallacies in the History of Linguistic: Notes on the Appraisal of the Nineteenth Century». En DELL HYMES, ed., *Studies in the History of Linguistic. Traditions and Paradigms* (Bloomington-Londres, Indiana University Press), 346-358.
- INDURKHYA, B. (1992). *Metaphor and Cognition. An Interactionist Approach*, Dordrecht, Kluwer Academic Publ.
- JACKMAN, R. (1984). «Cross-National Statistical Research and the Study of Comparative Politics», *American Journal of Political Science*, 28, 161-182.
- JULIA, S. (1989). *Historia social, sociológica histórica*, Madrid, Siglo XXI.
- KARADY, V. (1979). «Durkheim, les sciences sociales et l'Université: bilan d'un demi-échec», *Revue française de sociologie*, 17, 267-311.
- KELLEY, R. (1969). *The Transatlantic Persuasion: The Liberal Democratic Mind in the Age of Gladstone*, Nueva York.
- KEYLOR, W. R. (1975). *Academy and Community. Th Foundation of the French Historical Profession*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.
- KIPARSKY, P. (1974). «From Paleogrammarians to Neogrammarians». En DELL HYMES, ed., *Studies in the History of Linguistics. Traditions and paradigms* (Bloomington-Londres, Indiana University Press), 331-345.
- KOLCHIN, P. (1980). «In Defense of Servitude: American Proslavery and russian Proserfdom Arguments, 1760-1860», *AHR*, 85, 809-827.
- KOLCHIN, P. (1982). «Comparing American History», *Reviews in American history*, 10, 4 (diciembre 1982), 84-81.
- KOSELLECK, R. et al. (1984). «Revolution». En O. BRUNNER-W. CONZE-R. KOSELLECK, eds., *Geschichtliche Grundbegriffe*, tomo 5 (Stuttgart, Klett-Cotta), 653-788.
- KRAMNICK, I. (1972). «Reflections on Revolution: Definition and Explanation in Recent Scholarship», *HT*, 11, 26-63.
- KUDRNA, J. (1983). «Zu einigen Fragen des Methodenstreits in der französischen Historiographie um 1900», *Storia della storiografia*, 3, 62-78.
- LA PALOMBARA, J. (1968). «Macrotheorics and Microappications in Comparative Politics: A Widening Chiasm», *Comparative Politics*, 1, nº 1 (octubre 1968), 52-78.
- LANDES, D. S.-TILLY, CH. eds. (1971). *History as Social Science*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall.

- LANGLOIS, C.-V.; SEIGNOBOS, C. (1913). *Introducción a los estudios históricos* [1897], Madrid, Daniel Jorro ed. Traducido de la 4ª ed. francesa.
- LE GOFF, J. (1987). «L'appétit de l'histoire». En P. NORA, ed., *Essais d'ego-histoire* (Paris, Gallimard), 173-239.
- LELAND, W. G. (1971). «L'organisation internationale des études historiques», en la obra colectiva *Histoire et historiens depuis cinquante ans* [1927-8], Nueva York, Burt Franklin.
- LEPOLD, J. (1980). *Culture in Comparative and Evolutionary Perspective: E. B. Tylor and the Making of «Primitive Culture»*, Berlin.
- LIJPHART, A. (1971). «Comparative Politics and the Comparative Method», *American Political Science Review*, 65, 682-693.
- LIPSKY, W. E. (1976). «Comparative Approaches to the Study of Revolution: A Historiographic Essay», *Revolutionary Politics*, 38, 494-509.
- LOETHER, H. J.-MCTAVISH, D. G. (1974). *Descriptive Statistics for Sociologists: An Introduction*, Boston.
- LOWENTHAL, D. (1968). Reseña de *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, HT, 7, 257-278.
- LUKES, S. (1984). *Emile Durkheim. Su vida y su obra. Estudio histórico-crítico*, Madrid, Siglo XXI, Ed. original 1974.
- LYON, B. (1966): «The Letters of Henri Pirenne to Karl Lamprecht (1894-1915)», *Bulletin de la Commission Royale d'Histoire*, t. CXXXII, deuxième livraison, 161-231.
- LYON, B. (1974). *Henri Pirenne: A Biographical and Intellectual Study*, Gante E. Story-Scientia.
- LYON, B.; LYON, M. (1991): *The birth of Annales history: the letters of Lucien Febvre and Marc Bloch to Henri Pirenne (1921-1935)*, Bruselas, Academia Real de Bélgica.
- MACINTYRE, A. (1978). «Is a Science of Comparative Politics Possible?», en su *Against the Self-Images of the Age: Essays on Ideology and Philosophy* (Notre Dame, University of Notre Dame Press).
- MACKINNEY, J. L.-TIRYAKIAN, E. A. eds. (1970). *Theoretical Sociology. Perspectives and Developments*, Nueva York, Meredith Corporation.
- MANDELBAUM, M. (1977). *The Anatomy of Historical Knowledge*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- MCCLOSKEY, D. M. (1985). *The Rhetoric of Economics*, Madison, University of Wisconsin Press.
- MCDONALD, F.-MCWHINEY, G. (1980). «The South from Self-Sufficiency to Peonage: An Interpretation», *AHR*, 85, 1905-1118.
- MCMICHAEL, P. (1990). «Incorporating Comparison within a World-Historical Perspective: An Alternative Comparative Method», *ASR*, 55, 385-397.
- MCNEILL, W. H. (1989). *Arnold J. Toynbee. A Life*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press.
- MILL, J. S. (1973). *A System of Logic...* [1843] 2 vols., Editor del texto, J. M Robson; introducción, R. F. McRae, Londres-Toronto, University of Toronto Press-Routledge and Kegan Paul.
- MOMIGLIANO, A. (1986). «Two Types of Universal History: The Cases of E. A. Freeman and Max Weber», *Journal of Modern History*, 58, 235-245.
- MOORE, B., Jr. (1966). *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lords and Peasant in the Making of the Modern World*, Boston, Beacon Press.

- NISBET, R. A. (1965). *Émile Durkheim*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall.
- PEDERSEN, H. (1931). *The Discovery of Language, Linguistic Science in the Nineteenth Century*, Bloomington, Indiana University Press.
- PESSEN, E. (1980). «How Different from Each Other Were the Antebellum North and South?», *AHR*, 85, 1119-1149.
- PETIT-DUTAILLIS, Ch. (1933). *La Monarchie Féodale en France et en Angleterre. Xe-XIII^e siècle*, Paris, La Renaissance du Livre.
- PFLUG, G. (1971). «The Development of Historical Method in the Eighteenth Century» [1954], *HT*, 10, Beiheft 11, 1-23.
- PIRENNE, H. (1931). «La tâche de l'historien», *Le Flambeau*, XIV, 5-22. Publicado simultáneamente en inglés bajo el título «What Are Historians Trying to Do?». En STUART A. RICO, ed., *Methods in Social Science*, Chicago, 1931.
- PIRENNE, H. (1972). «De la méthode comparative en histoire». En G. DES MAREZ-F. L. GANSHOF, eds., *Compte rendu du Ve Congrès International des Sciences Historiques*, Bruxelles 1923 (Nendeln-Liechtenstein, Kraus Reprint), 19-32.
- POCOCK, J. A. G. (1962). Reseña al primer número de la revista *History and Theory* (1960), *CSSH*, 4.
- POMIAN, K. (1986). «De la comparaison dans l'histoire» *CVP*, XXIV, n° 72, 93-107.
- POPPER, A. M. (1970). «Karl Gottard Lamprecht». En S. W. HALPERIN, *Essays in Modern European Historiography* (Chicago-Londres, The University of Chicago Press), 119-142.
- PRZEWORSKI, A. (1987). «Methods of Cross-National Research, 1970-83: An Overview». En M. DIERKES-H. WEILER-A. ANTAL, *Comparative Policy Research* (Nueva York, St. Martin's Press), 31-49.
- PREZEWSKI, A.-TEUNE, H. (1970). *Logic of Comparative Social Inquiry*, Nueva York, John Wiley and Sons.
- RABB, T. K. (1981). «Toward the Future. Coherence, Synthesis, and Quality in History», *JIH*, 12, 315-332.
- RABB, T. K. (1985). «The Interdisciplinary Nature of American History», *JIH*, 16, 103-106.
- RADCLIFFE-BROWN, A. R. (1975). «El método comparativo en la antropología social» [1951], en su *El método de la antropología social* (Barcelona, Anagrama).
- RAFTIS, J. A. (1962). «Marc Bloch's Comparative Method and the Rural History of Mediaeval England», *Mediaeval Studies*, 24, 349-368.
- RAGIN, CH. C. (1987). *The Comparative Method. Moving Beyond Qualitative and Quantitative Strategies*, Berkeley, University of California Press.
- RAGIN, CH. C. (1989). «New Directions in Comparative Research». En MELVIN L. KOHN, *Cross-National Research in Sociology* (Newbury Park, Sage), 57-76.
- RAGIN, CH. C. ed. [1991a]. *Issues and alternatives in comparative social research*, Leiden, E. J. Brill.
- RAGIN, CH. C. [1991b]. «Introduction: The Problem of Balancing Discourse on Cases and Variables in Comparative Social Science». En C. C. RAGIN, ed., *Issues and alternatives in comparative social research* (Leiden, E. J. Brill), 1-8.
- RAGIN, CH. C.-CHIROT, D. (1984). «The World System of Immanuel Wallerstein: Sociology and Politics as History». En T. SKOCPOL, ed., *Vision and Method in Historical Sociology* (Cambridge, Cambridge University Press), 276-312.

- REDLICH, F. (1958). «Toward a Comparative Historiography: Background and Problems», *Kyklos*, XI, 362-389.
- RITTER, H. (1986). *Dictionary of Concepts in History*, Londres, Greenwood Press.
- ROMANO, R. (1984). «American Feodalism», *The Hispanic American Historical Review*, 64, 121-134.
- ROMANO, R. (1986). «Exemplum et comparison», *CVP*, 24, n° 72, 85-92.
- ROY, W. G. (1987). «Time, Place and People in History and Sociology: Boundary Definitions and the Logical of Inquiry», *SSH*, 11, 53-62.
- RUESCHEMEYER, D. (1984). «Theoretical Generalization and Historical Particularity in the Comparative Sociology of Reinhard Bendix». En T. SKOCPOL, ed., *Vision and Method in Historical Sociology* (Cambridge, Cambridge University Press), 129-169.
- RUSTOW, D. A. (1968). «Modernization and Comparative Politics: Prospects in Research and Theory», *Comparative Politics*, 1, n° 1 (octubre 1968).
- SAVETH, E. N. (1964). «The Conceptualization of American History», en su *American History and the Social Sciences* (Londres), 3-22.
- SCHORN-SCHÜTTE, L. (1986). *Karl Lamprecht. Kulturgeschichtsschreibung zwischen Wissenschaft und Politik*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht.
- SCHWARTZ, M. A. (1987). «Historical Sociology in the History of American Sociology», *SSH*, 11, 1-16.
- SEBEOK, T. A. ed. (1953-1976). *Current Trends in Linguistics*, La Haya.
- SEBEOK, T. A. ed. (1966). *Portraits of Linguistics: A Biographical Source Book for the History of Western Linguistics, 1746-1963*, Bloomington-Londres, Indiana University Press, 201-240.
- SEMMELE, B. (1976). «H. T. Buckle: The Liberal Faith and the Science of History», *British Journal of Sociology*, 27, 370-386.
- SEWELL, W. H., Jr. (1967). «Marc Bloch and the logic of comparative history», *HT*, 6, 208-218.
- SIEGEL, H. (1970). «Henri Berr's Revue de Synthèse Historique», *HT*, 9, 322-334.
- SIMIAND, F. (1987). *Méthode historique et sciences sociales*. Choix et présentation: Marina Cedronio, Paris, Ed. des Archives Contemporaines.
- SKOCPOL, T. (1977). «Wallerstein's World Capitalist System: A Theoretical and Historical Critique», *American Journal of Sociology*, 82, 1075-1090.
- SKOCPOL, T. ed. [1984a]. *Vision and Method in Historical Sociology*, Cambridge, Cambridge University Press.
- SKOCPOL, T. [1984b]. «Sociology's Historical Imagination». En T. SKOCPOL, *Vision and Method in Historical Sociology* (Cambridge, Cambridge University Press), 1-21.
- SKOCPOL, T. [1984c]. «Emerging Agendas and Recurrent Strategies in Historical Sociology». En T. SKOCPOL, ed. *Vision and Method in Historical Sociology* (Cambridge, Cambridge University Press), 356-391.
- SKOCPOL, T.-SOMERS, M. (1980). «The uses of comparative history in macrosocial inquiry» *CSSH*, 22, 174-197.
- SMELSER, N. J. (1976). *Comparative Methods in the Social Sciences*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall.
- SOMMERFELT, A. (1966). «Antoine Meillet, the Scholar and the Man» [1936]. En SEBEOK, T. A., ed., *Portraits of Linguists. A Biographical Source Book for the History of Western Linguistics 1746-1963* (Bloomington-Londres, Indiana University Press), II, 241-249.

- ST. AUBIN, G. R. (1958). *A Victorian eminence: life and works of Henry Thomas Buckle*, Londres.
- STINCHCOMBE, A. L. (1978). *Theoretical Methods in Social History*, Nueva York, Academic Press.
- STOCKING, G. W. Jr. (1987). *Victorian Anthropology*, Nueva York-Londres, The Free Press-Collier Macmillan.
- STOIANOVICH, T. (1976). *French Historical Method: The 'Annales' Paradigm*, Ithaca (N.Y.), Cornell University Press.
- STONE, L. (1987). «Revolution and Reaction», en su *The past and present revisited* (Londres-Nueva York, Rotledge and Kegan Paul), 154-162.
- THIEME, P. (1964). «The Comparative Method for Reconstruction in Linguistics». En DELL HYMES, ed., *Language in Culture and Society: A Reader in Linguistics and Anthropology* (Nueva York, Harper and Row), 585-598.
- THRUPP, S. L. (1957). «The Role of Comparison in the Development of Economic Theory», *Journal of Economic History*, XVII, 554-570.
- TILLY, CH. (1984). *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Nueva York, Russell Sage Foundation.
- TREVOR-ROPER, H. (1980). *History and Imagination*, Oxford, Clarendon Press.
- TYRRELL, I. (1991). «American Exceptionalism in an Age of International History», *AHR*, 96, 1031-1055.
- VALIER, I. ed. (1971). *Comparative Methods in Sociology: Essays on Trends and Applications*, Berkeley, University of California Press.
- VARIOS (1963). «Comparative Study in American History», *CSSH*, 5, 201-284.
- VARIOS (1982). «*AHR Forum*. Comparative History in Theory and Practice: A Discussion», *AHR*, 87, 123-143.
- VARIOS (1986). *Une leçon d'histoire de Fernand Braudel*. Châteauvallon. Journées Fernand Braudel 18, 19 et 20 octobre 1985, Paris, Arthaud-Fammarion.
- VENDRYES, J. (1966). «Antoine Meillet» [1937]. En SEBEOK, T. A. ed., *Portraits of Linguists. A Biographical Source Book for the History of Western Linguistics 1746-1963* (Bloomington-Londres, Indiana University Press), II, 201-240.
- VIKARI, M. (1977). *Die Krise der 'Historistischen' Geschichtsschreibung und die Geschichtsmethodologie Karl Lamprechts*, Helsinki, Suomalainen Tiedakatemia.
- WAGAR, W. W.-WALLERSTEIN, I. et al. (1989). *A short history of the future*, Chicago, The University of Chicago Press.
- WALKER, L. (1980). «A Note on Historical Linguistics and Marc Bloch's Comparative Method», *HT*, 19, 154-164.
- WALLERSTEIN, I. (1990a). «Análisis de los sistemas mundiales». En A. GIDDENS-J. TURNER et al. *La teoría social, hoy* (Madrid, Alianza), 398-417.
- WALLERSTEIN, I. (1990b). «World-System Analysis: The Second Phase», *Review*, 13, 287-293.
- WALLERSTEIN, I. (1992a). «The Challenge of Maturity. Whither Social Science?», *Review*, 15, 1-17.
- WALLERSTEIN, I. (1992b). «The West, Capitalism and the Modern World-System», *Review*, 15, 561-819.

- WARICK, D. P.-OSHERON, S. (1973). «Comparative Analysis in the Social Sciences». En D. P. WARICK-S. OSHERON, eds., *Comparative Research Methods* (Englewood Cliffs, Prentice-Hall), 6-11.
- WIENER, J. M. (1976). «Review of reviews» de *Social Origins of Citorship and Democracy...*, HT, 15, 146-175.
- WOODWARD, C. VANN ed. (1968). *The Comparative Approach to American History*, Nueva York, Basic Books.
- ZAGORIN, P. (1973). «Theories of Revolution in Contemporary Historiography», *Political Science Quarterly*, 88, 23-52.
- ZUNZ, O. (1987). «Toward a Dialogue with Historical Society», SSH, 11, 31-41.
- ZUNZ, O. ed. (1985). *Reliving the past: the worlds of social history*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.